

San José, Costa Rica 1926 Sábado 4 de Setiembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Renglones preliminares*, por García-Monge.—*Libros y autores hispanoamericanos*. Sobre un Cuestionario.—*Palabras* de A. Aguilar Machado.—*Para Gris*, por Invernal.—*El culto de los políticos*, por Manuel Gálvez.—*Un libro de libertad*, por Laguado Jayme.—*Sarmiento, escritor*, por Justo A. Facio.—*Hospitalidad*, por Jorge Mañach.—*Vida azul*, por Clara Diana.—*Carta alusiva* de Laguado Jayme.—*Dos pareceres agudos*.—*Página lírica*, de J. Torres Bodet y A. H. Pallais.—*Juana de Ibarbourou, habla de los libros del Dr. Luis Eduardo Nieto Caballero*.—*Ideario mexicano*, por Rafael Heliodoro Valle.—*Las hermanas de Rebeca*, por Luis L. Franco.

Los Hnos. Trejos les ha tocado hacer la segunda edición de estos cuentos. En 1901 hizo la primera, ciertamente bien presentada, doña María v. de Lines.

A mí me ha tocado ponerles estos renglones preliminares; así lo ha querido la benevolencia del autor, que le agradezco.

* *

Libro de mucho suceso en la historia de nuestras letras, éste de los CUENTOS TICOS. Dos ediciones locales ha alcanzado, la traducción inglesa (ya por tres ediciones) y la francesa. No sabemos de otro libro costarricense que haya logrado tanto honor y fama. Bien podría decirse, pues, que don Ricardo Fernández Guardia tiene en el exterior la representación literaria de Costa Rica. La merece, en verdad. Creo que es el solo caso entre nosotros de escritor consagrado exclusivamente a su varia tarea: investigaciones históricas propias, trabajos literarios, traducciones de lo que sobre Costa Rica han escrito viajeros curiosos, cultura personal. Y en tales disciplinas, invariable, la probidad artística, que es anhelo de hacer las cosas con primor.

Once son los cuentos del tomo y con toda propiedad, *ticos* se llaman; *ticos*, esto es, costarricenses por lo mucho que tienen de cuadros de costumbres. Criollos son por el fondo anecdótico, los tipos y escenas, el paisaje. Al llamarlos *ticos*, el autor como que quiso diferenciarlos de otros suyos y darles la neta filiación vernácula del caso.

En lo tico rural, más que ahondar en las almas, el autor describe lo pintoresco de las costumbres. Sin embargo, el observador es perspicaz. Pruebas: su juicio del tico: «terco, astuto, laborioso, avariento». De la genuina costarricense: «graciosa, pizpireta, honrada».

De los CUENTOS TICOS decía el autor en la

Renglones preliminares

—Escritos para la segunda edición de los *Cuentos Ticos*, de R. FERNÁNDEZ GUARDIA. Trejos Hnos, 1926. San José, Costa Rica.—

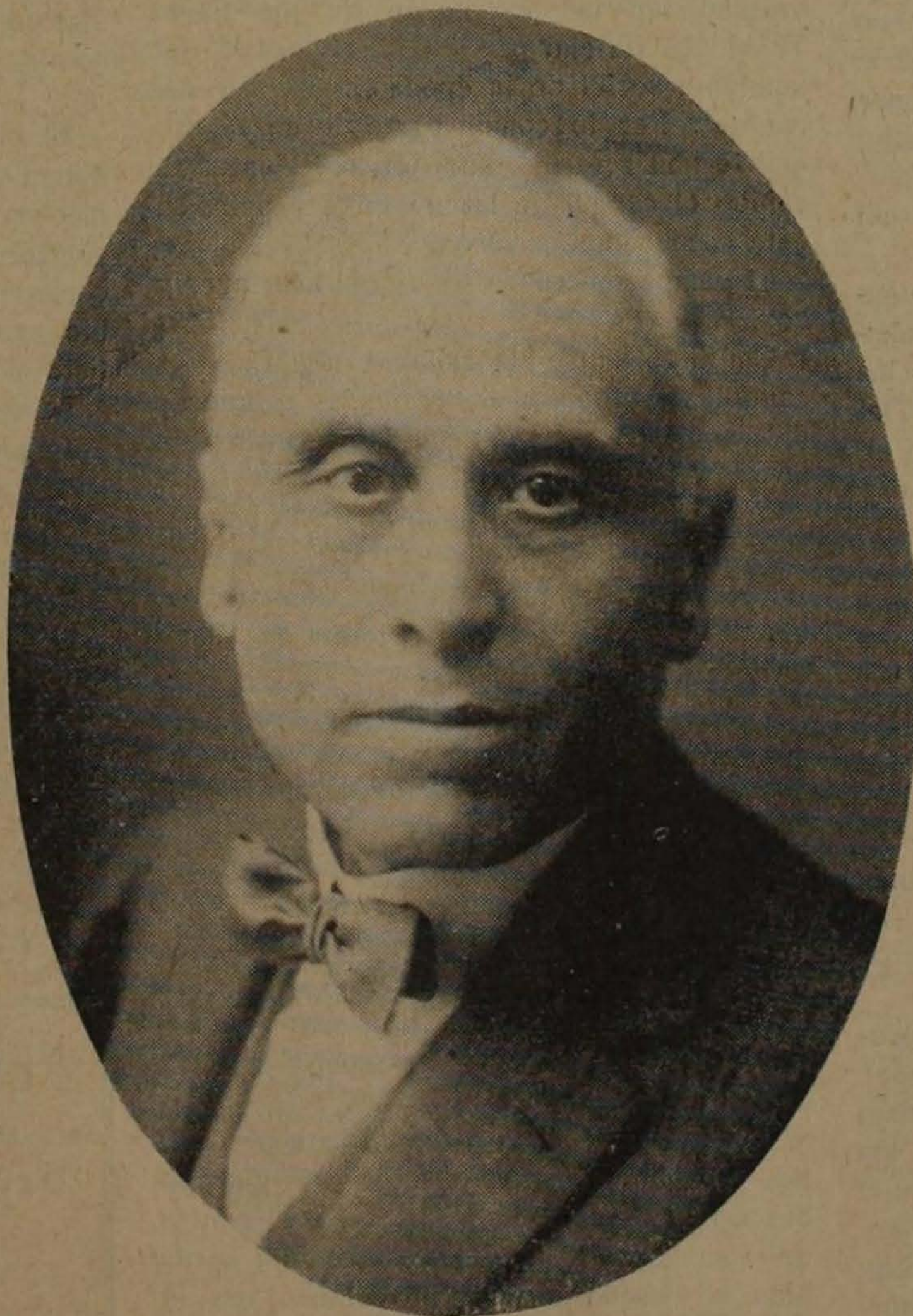


Foto 1926.

primera edición: «Por su índole está destinada a no traspasar las fronteras de la patria chica, Costa Rica, o cuando más, las de la patria grande, Centro América». Como se ve, falló la modestia, o la escasa ambición, del autor. Por otra parte, me ha confesado el señor Fernández Guardia que no ha visto con simpatía a estos frutos de su ingenio. Actitud injusta, a mi juicio.

Con ser *ticos*, estos cuentos han adqui-

rido cierta importancia internacional. Lo que tienen de ticos es lo que parece interesar más a los extraños curiosos. De ahí, también, el éxito en el exterior, de Aquileo, Magón y Carmen Lyra.

El señor Fernández Guardia también es un afortunado cultivador de los motivos quiméricos. Él, Brenes Mesén y Troyo, para citar tres, le han dado a nuestra literatura una nota exótica agradable, sin la que no se alcanza el sentido de totalidad que una literatura necesita para interesar y sobrevivir. Léanse, del señor Fernández Guardia, para comprobar lo que digo, las series de cuentos tituladas: HOJARASCA (1904) y LA MINIATURA (1920).

* *

Al pasar de uno al otro de los CUENTOS TICOS, se me ocurrió hacer estos apuntes, que ordenados, podrían presentarse así:

El estreno.—Copiosos, en este suceso, los pasajes satíricos. El cuadro de costumbres es muy propio del temperamento del autor. Es una lástima que no los haya escrito más. Porque el filón es inagotable.

Está bien pintado el juez, que gusta de la criada de la casa, que comete delitos penados, que se toma su traguito de guaro contrabando, que lee *La Unión Católica* y por conveniencia, desde luego, es gobiernista.

Se saborea este cuadro, en algunos aspectos tan actual.

Las nuevas costumbres solicitan un costumbrista, algo cáustico y gracioso a la vez. ¿Fernández Guardia? ¿Magón? ¿Yoyo? No se ve quién los reemplace.

Aproximémonos de pasada al autor. Trátandole un poco, se explican ciertas de sus modalidades de cuentista.

Le gustan las mujeres «bellas y frágiles». Para el señor Fernández Guardia, todo pulcritud, el vivir en contacto con el prójimo

es, en lo esencial, un problema de estética. Le chocan las señoras sabihondas, las solteronas gazmoñas, las feas, las jamonas; los caballeros casados, gordos y de buen apellido, que roncan dormidos; las niñas cursis, los advenedizos. Por acá, es uno de los defensores de los intereses artísticos y espirituales. Se le halla, por ejemplo, cuando hay que ir contra el mal periodismo o la declamación hueca. Ríe, se burla a ratos de lo que pasa. Moraliza a ratos. Entonces se manifiesta inconforme con lo que ve, echa de menos los tiempos pasados. Se le oye decir entonces: «Aquellas buenas gentes cuya sencillez y modestia hemos olvidado por un fasto de pacotilla». «Es una lástima que vayan desapareciendo las antiguas costumbres. Lo peor del caso es que no hemos logrado reponerlas con otras mejores».

Un héroe.—Es un episodio de los buenos. Al concluir su lectura se me ocurre apuntar: Dolor risueño de los ticos.

Cususa, mi tocayo, es un tipo jovial y popular, enfocado con cierto buen humor y destreza.

En este relato se anuncia ya el ameno narrador de las *CRÓNICAS COLONIALES*, el de una posible novela histórica costarricense referida a la campaña del 56. ¿La escribirá alguna vez el señor Fernández Guardia? Antes de que fenezca la emoción civil del memorable suceso.

Los relatos *La Miniatura* y *Martín* confirman, además, al narrador de las *CRÓNICAS*. A propósito: Hay mucho arte en las *CRÓNICAS*, don imaginativo, estudio. Del olvido ha sacado el autor una Cartago de historia animada y pintoresca, artística y por lo mismo, perdurable. Y con ello, le ha asignado a Cartago lugar propio entre las ciudades importantes de nuestra América. Supongo que tamaño servicio espiritual no acabarán de agradecerse los cartagineses cultos.

Sugestión: relatos hay del autor que lo arriman a los niños, que en las escuelas públicas leerían con gusto y provecho: *El pato mágico*, *Un héroe*, *Martín* y algunas de las *CRÓNICAS*: *Un caballero pirata*, *El Fuerte de San Fernando*, *Los zambos mosquitos* y *La doncella heroica*.

En *Un héroe* es palpable la manera propia de presentarse el señor Fernández Guardia como cuentista: prepara el ánimo del lector y oportunamente uno de los personajes refiere. El procedimiento es muy de don Ricardo, hombre de tertulia y ameno *conteur*. Basta conversar con él un rato: las historias y noticias van saliendo oportunas, bien memorizadas, en redacción fluida y clara. En él, la fluidez del relato, sobre todo. En éste se mueve a su gusto. No así en el diálogo extenso. El diálogo, como en la comedia *MAGDALENA* (1902), es para él varilla de corsé.

Narra por escrito como lo hace de viva voz: armonioso, fácil, satírico, regocijado, malicioso. Conoce nuestro medio social muy bien, y él mismo es un hombre muy sociable. En historia anecdótica de Costa Rica, que suele ser la verdadera, es una

mina. Escribiría don Ricardo, si lo quisiera, un interesantísimo libro de Memorias.

Un santo milagroso.—Hay humor y sátira. Movido el asunto, muy tico. Hay relato. No hay paisaje; apenas se habla por ahí de «la oscuridad de la noche».

Es muy sobrio, como paisajista, el señor Fernández Guardia. En general describe con parquedad, sin hacer inventario. Sobriedad en los pormenores del asunto, en el paisaje, en los diálogos. Es la lección, el ejemplo que el señor Fernández Guardia da a los escritores jóvenes de Costa Rica. Sobriedad, primor y redacción cuidada en todos sus escritos. Cosa rara en zonas tan exuberantes como ésta, y de tan repentinas y clamorosas reputaciones literarias.

El señor Fernández Guardia es parco por temperamento y por educación.

La polfíca.—Es una de las historias más largas del tomo. Campea en ella la sátira. La vena satírica es característica en don Ricardo; como que la hereda.

Escenas populares animadas, breves. Sobriedad en la descripción de los tipos. Trata de reflejar el autor la verdad del ambiente social de la época en que hizo los cuentos. Por lo común parte de un suceso que le han referido, anecdótico. El autor ha ceñido el campo de la inventiva propia, en este caso como en otros.

El campesino receloso en política, ayer y hoy.

Conflicto entre la palabra dada a los caudillos políticos y las creencias religiosas del campesino. Estos conflictos rurales ya no se ven hoy.

Antes, como ahora: gobiernista el campesino.

Ya es vieja la farsa política electoral en Costa Rica. ¡Con razón a todos nos tiene hastiados!

Como en el relato anterior, en éste casi no hay paisaje. No le interesa mucho el paisaje al señor Fernández Guardia. Historiador, le interesan más los hombres, los sucesos.

Sin embargo, conviene que nuestros noveladores incorporen a las patrias ficciones el paisaje nativo y le den el sentido civil que le corresponde. La visión civil del paisaje, digamos, sería un halagüeño síntoma de cultura estética.

Véase, por ejemplo, cuánto color y sentido humano le da a la historia de que hablo esta pincelada oportuna: «En el centro del risueño valle que se desarrollaba a sus pies, se descubría un punto blanco: era la Iglesia de San Miguel».

Concluida su lectura, apunto: Política criolla, adversa a los intereses de la justicia y la libertad, sin los que no se alcanza la Patria como estado superior de cultura.

De todo mi gusto: la ironía final en este cuento. Así como las de *La almoneda*, cuento precioso si los hay.

Y que no se olvide esto: salva la mujer.

Hidalguía.—Muy bien. Muy tico.

La botija.—Con mucho sentido popular

el refranero. Bonito cuento. Señalo el paisaje de la página 184 (Edic. de 1901).

El ahorcado. Hay sátira y hay humorismo. Más paisaje que en los anteriores.

Un espadachín.—Comparto este juicio del autor sobre los alajuelenses: «francos, leales, progresistas, valientes».

Muy buen cuento. Satírico, vivo, terrígeno. Lo ha escrito el autor con suma simpatía. Hay mucho quiotismo en este cuento.

Esta es la tradición literaria que debe loarse y exaltarse: dentro de la manera criolla, descubrir los valores humanos perdurables y universales.

Los gatos demoniacos.—Humorismo. Paisaje. Interesante para el folklore.

Un alma.—Hay ternura en este cuento. No es la ternura, la buena piedad del escritor, cualidad sobresaliente en el estilo del señor Fernández Guardia. Algo escéptico es don Ricardo.

Con todo, de los suyos, emotivos son: *Tapaligui*, cuento en justicia famoso, *La miniatura*, *La almoneda*, de grato recuerdo.

El clavel.—Hay en esta historia un problema social interesante. En relato o comedia, no es del gusto del señor Fernández Guardia la tesis social preponderante. En la comedia *MAGDALENA*, la tesis de la agradable protagonista resulta algo floja. Cuentista sin pedanterías, sin mayores trascendencias ideológicas, es don Ricardo. La experiencia de la vida, y lo que ella es en sí, constituyen el fondo filosófico de sus narraciones.

En ésta me ha gustado el paisaje.

**

Y aquí y así termino, como el niño insaciable que gusta de golosinas: ¿Más cuentos, don Ricardo?

GARCÍA-MONGE

San José, julio de 1926.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias
y Educación, Misceláneas
y Documentos.

Publicado por

García-Monge

Apartado Letra X

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega ₡ 0.50
El tomo (24 entregas) 12.00
El tomo (para el exterior) \$ 3.00 oro am.

Avisos:

La pulgada cuadrada: 20 cts. oro la inserción

En el contrato semestral de Avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Libros y autores hispanoamericanos

Sobre un Cuestionario

República de Cuba.

Jagüey Grande, 28 de mayo de 1926.

Al señor J. García Monge,

en Costa Rica.

Muy estimado señor y amigo:

Su interesante Cuestionario necesitaría, para ser contestado debidamente, muchas indiscreciones y no pocas delaciones.

A la primera pregunta contesto así:

No se hacen grandes ediciones de mis libros porque sería hacer trabajar inútilmente a los tipógrafos, encuadernadores, etc., y muy poco a los libreros o vendedores. En una palabra, porque esas grandes ediciones quedarían en los almacenes de las librerías, pasto de ratas y de otros bichos, hasta un día feliz en que fueran sacadas a la luz, en las librerías de viejo, a razón de dos centavos el ejemplar. Entonces, ¡el éxito! No quedaría un estudiante que no adquiriese su tomo, y mis bolsillos ingresarían una suma respetable: ochenta centavos; ponga usted un peso, con lo cual hubiera resarcido los miles de pesos que por esa gran edición, naturalmente, habría pagado.

No obstante, la heroica casa editora MINERVA, de la Habana, ha comprado mi último libro *La Zafra*, que en breve le enviaré. Y yo pienso en el romanticismo de su dueño y director como en algo extrahumano. Dios quiera que algún día no tengamos que mandarlo a un hospital de pobres de solemnidad. Y este héroe intenta publicar—ya me los ha pedido—dos libros más de los diez que tengo inéditos en mis gavetas. ¿No hay por su ilustre tierra un manicomio bastante grande para este buen editor?

A la segunda pregunta respondo: El público hispanoamericano es el que más lee en el mundo. A pesar de que los libros son caros, los compra y, lo que es más raro: los lee: le apasionan, los discute, exalta o excomulga. Sus juicios son definitivos. Si no se es un genio, se es un imbécil. Lo que ignora es que estas dos cosas, por lo general, suelen ser una sola.

La segunda parte de la pregunta es muy seria. Y yo la contesto así: al público hispanoamericano no le interesan sus escritores.

Y la tercera pregunta, desprendida de la otra, como en un interrogatorio judicial, encierra la oportunidad para la delación. Creo que al público hispanoamericano le interesan las lecturas más altas y las lecturas más bajas. La alta especulación filosófica y los pitigrilismos hilarantes. Los versos de antaño y los versos que pretenden ser de mañana, pero que no llegarán a serlo de ningún tiempo. Las novelas rusas de última hora y los tratados de crítica de arte general y de nada en particular.

En cuanto a autores sólo una élite se ocupa de escogerlos y de estudiarlos. Pero esa élite no es el público. No forma mu-

CUESTIONARIO que plantea el "Rep. Am." a los escritores de América

Así podría quedar formulada la posible e interesante encuesta que a los escritores de América propone nuestro distinguido amigo don Alcides Arguedas:

1.^a—¿Por qué no se hacen grandes ediciones de sus libros?

2.^a—¿No lee el público hispano-americano, o no le interesan sus escritores?

3.^a—En caso de que no le interesen, ¿cuáles son las lecturas, o los autores que tal público prefiere?

chedumbre. Tiene el orgullo de sus lecturas selectas. No pertenece, tampoco, al público hispanoamericano. Pertenece a un mundo superior que no tiene fronteras. Por tanto, saber que un individuo de esta clase ha adquirido en una librería un libro de uno, es una gloria más grande que la de vender grandes ediciones al público desconocido.

Perdone usted la extensión de estas respuestas. Da usted oportunidad a los escritores hispanoamericanos de resollar por la herida, y ya verá usted huracanes hacia su adorable REPERTORIO...

De usted muy afmo. amigo y s. s.

AGUSTIN ACOSTA

1.^a—Creo que la índole de mis escritos: el bienestar humano por vías morales y la contemplación pura de lo bello, no es del agrado del público latinoamericano, que prefiere la frivolidad literaria a toda otra forma de las letras. He nacido demasiado temprano en un mundo aun en ciernes de los grandes ideales literarios.

2.^a—No los lee el público hispanoamericano, porque la casa Editorial que me los editaba ha caído en un gran descrédito, no sabría explicarme el por qué, pues fué la casa Sempere que comenzó la gran divulgación de obras maestras del pensamiento moderno en castellano, y a precios ínfimos.

3.^a—El público prefiere a la literatura de ideas y de formas bellas, la nota exótica, la nota sensacional, las caídas a la pornografía y ante todo cuanto lo deleite superficialmente sin hacerle pensar hartito.

ALBERTO NIN FRÍAS

Buenos Aires, R. A.

I. ¿Por qué no se hacen grandes ediciones de sus obras?

Porque no hay editores que tengan confianza en estas obras. El tipo corriente de nuestro editor es el comerciante que sólo dá al público lo que el público le pide. Y como este público no sabe una palabra de nuestros escritores...

II. ¿No lee el público hispano-americano o no le interesan sus escritores?

Leer, lee, pero nuestros escritores le interesan poco. Se necesitaría que al lado de

labor tan interesante, en el sentido de la divulgación, como la que realizan revistas como el *Repertorio* y *Nuestra América*—recientemente reaparecida—estuviera el editor inteligente, o mejor, el editor con vistas al porvenir, que «llevara» el libro hispanoamericano al gran público, no a su público, atreviéndose más allá de las tímidas ediciones de la circulación casera.

III. En caso de que no le interesen, ¿cuáles son las lecturas o los autores que tal público prefiere?

No quiero citar a los pocos escritores hispano-americanos que nuestro público lee, porque quizá ellos no le harían favor. Extranjeros, lee a los franceses del siglo pasado, en primer lugar. Después, a los españoles. Luego, algunas firmas italianas subrayadas por la popularidad (favor del mismo público).

Conviene aclarar que las literaturas extranjeras, nuevas, del novecientos para acá, no tienen lectores sino en un cinco por ciento entre lo que hemos convenido en llamar «público hispano-americano».

Si hablaran los libreros, podríamos saber cosas muy interesantes.

G. CASTAÑEDA ARAGÓN

Barranquilla, Colombia.

1.—Yo he sido, hasta aquí, el editor de mis cinco libros. Así se explica—pobre como soy—que el tiraje de cada uno no haya pasado el millar.

Los libreros de Hispano-América—los editores podrían contarse con los dedos de una mano, y hasta sobrarian dedos, como dijo alguien—no hacen comercio exterior con los libros publicados en el país de sus actividades. De ahí el desconocimiento mutuo en que vivimos y el que las ediciones de nuestros libros deban ser, necesariamente, restringidas.

2.—Yo hablaré sólo de Chile, porque esta es la única tierra que conozco. No creo que haya en mi patria peor negocio que dedicarse a librero. Con relación a sus habitantes, el libro en general tiene aquí mercado muy escaso. Pero si se considera la proporción en que se venden los libros extranjeros, afirmo sin vacilaciones que Chile lee a sus escritores. Y esto es algo.

De autores sud-americanos sólo llegan a Chile las obras editadas en España—cuatro o cinco ejemplares a cada librería—: Darío, Nervo y uno que otro de las generaciones últimas. ¿Cómo decir que el público hispanoamericano aprecia o desestima a sus escritores, si no puede leerlos?

3.—En Chile interesan, antes que otras, las literaturas rusa y francesa. Autores españoles, alemanes, ingleses, escandinavos, ocupan un segundo término en la demanda.

CARLOS PRÉNDEZ SALDÍAS

Santiago, Chile.
Casilla 124 D.

Señoras y señores:

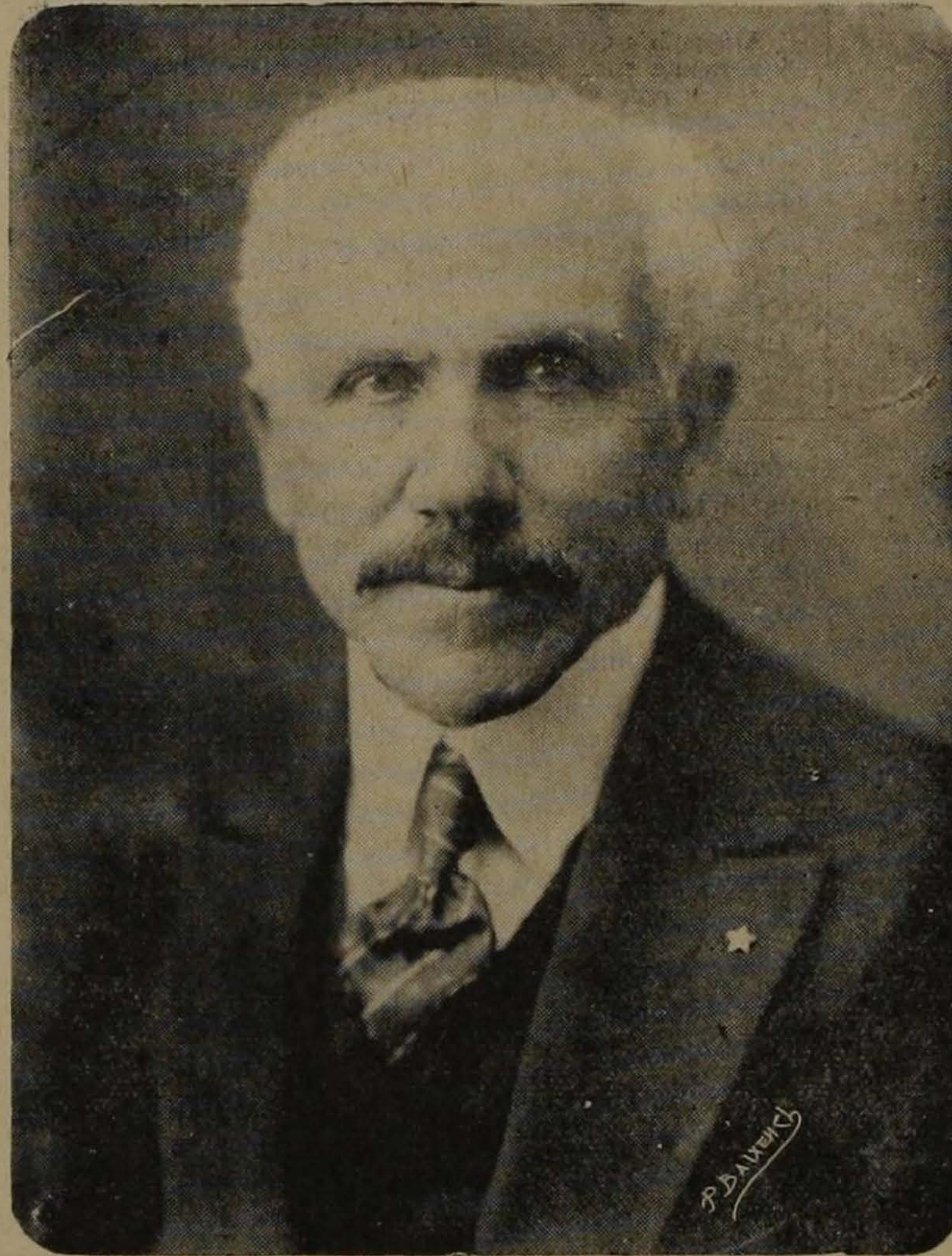
El divino lenguaje de la música ha despertado siempre en los espíritus superiores delicadas emociones. El alma de aquel pueblo de artistas inspirados, de eximios pensadores, de elocuentes tribunos, el alma de la Hélade, tierra prodigiosa bordada sobre las irisadas espumas del Mediterráneo, estremeciéndose como sacudida por un hálito del cielo, cuando las inefables melodías, desprendidas como un collar de perlas de la lira del dulce cantor de Tracia, llevadas por vientos propicios, comenzaron a esparcirse, ora sobre los nemorosos campos de la Tesalia, ora sobre los apacibles valles de la Beocia y el Ática, ora sobre las costas abruptas e irregulares del mar Jónico.

El lenguaje de la música se adapta a los complejos estados porque el alma suele pasar sacudida por la incesante trepidación del tiempo. Los primeros suspiros que parecen brotar del tierno corazón del niño como un saludo a la vida, casi siempre se producen cuando la madre vela a la orilla de su cuna entonando esa amorosa canción con cuyo recuerdo perfumamos toda nuestra existencia; las batallas que se libran en la guerra, campo de arrebatos pasionales, de exterminio y de muerte, se alimentan con las notas marciales de cantos populares que exaltan toda la dignidad, toda la hidalgüa de que son capaces los regimientos a cuyo valor se ha confiado la defensa del decoro nacional; la patria misma glorifica y despide a los hijos dilectos con las vibrantes notas de su himno, con los acordes de ese poema musical que resume las vicisitudes de su Historia, los sucesos memorables del pasado, las halagüeñas promesas del futuro.

Superior es la misión de quienes vienen al mundo para transmitir sus más caros sentimientos en el misterioso idioma de la música. Como la alondra que con delicados trinos rompe la imponente serenidad del bosque, esos seres rompen la enmarañada selva de la vida, llenándola de murmullos y, ocultos entre los mágicos castillos que se forman con la espuma de su desbordante inspiración, suenan sus proféticos clarines, tal así como aprovecharan los tritones la suave ondulación de las olas para lanzar a todos los vientos su bulliciosa sinfonía. Estos seres pueden ufanarse de poseer almas resplandecientes como el diamante sin las impurezas con que se adivina en su primitivo estado. ¡Bendita sea la misión que están desempeñando! Ellos preparan con la

Palabras

con que el Lic. A. AGUILAR MACHADO abrió el Concierto que dió don Enrique Jiménez Núñez en el Teatro Nacional, la noche del martes 10 de agosto



Don Enrique Jiménez Núñez

miel de sus ensueños la parte más noble, la parte más pura del alma de las muchedumbres! Ni el vicio ni la iniquidad lograrán jamás carcomer la estructura de aquellos pueblos que saben rasgar sus propias carnes, para recibir en su corazón los mensajes que Dios inscribe en el pincel, en las notas o en el mármol con que el pintor, el músico, y el escultor desenvuelven el poema que ha de interpretar, para enseñanza de todos los hombres, aquellas ideas eternas que, según Platón, nos levantarán en alas del amor al supremo bien.

Esta tierra, pródiga en mujeres bellas, ostenta como el mejor galardón de su briosa falange intelectual al selecto grupo de inspirados vates que en rítmicas estrofas han cantado todas las magnificencias de su exuberante naturaleza. Costa Rica, la pequeña Nación de las grandes libertades cívicas, semillero de probos gobernantes, oasis donde han alimentado sus ansias de libertad todos aquellos ciudadanos que han solicitado la franca hospitalidad de sus playas, al escapar de la persecución de la tiranía, cuando el despotismo político enrojeciera con sus devastadoras llamaradas todo el horizonte

de su propio hogar, Costa Rica se enorgullece de contar con algunos pacientes investigadores en los dominios, llenos de abrojos, de la ciencia, dominios de donde esperan ellos obtener aquellas conquistas que nos habrán de permitir ascender hasta la gloriosa cima que, como un Himalaya, elevada sobre el rugoso manto en que se envuelve el mundo, se ofrece para recoger las florescencias de la historia resplandeciente de todos los pueblos cultos. Y fuera incompleta la vida intelectual de nuestra patria, si no tuviese quienes a la música consagren sus más nobles empeños. Entre estos valores, y en puesto de relieve, figura, señores, el modesto y sabio profesor, que es también inspirado artista, el autor nacional cuya música nos habrá de deleitar en esta exquisita fiesta de arte. Hoy este suntuoso Coliseo en que han resonado tantas melodías de artistas extranjeros, guardará, convirtiéndose para ello en precioso relicario, entre las aristas de sus propios mármoles, los ecos de una música de la patria, las vibraciones matizadas por la armonía, del espíritu de un modesto y noble ciudadano a quien honró el destino haciéndole dignísimo heredero de los artísticos refinamientos y de las esclarecidas virtudes privadas y cívicas de que dió constante y señalado ejemplo su ilustre progenitor, el recordado maestro don Pilar Jiménez, el

venerable anciano que con la aureola de sus blancos cabellos y a la avanzada edad en que se marchitan todas las ilusiones y todas las esperanzas, oficiaba aún, como sacerdote y como apóstol en los luminosos altares donde brillan con fulgores de astro los embelesos del arte.

Con religiosa unción escuchemos la música de don Enrique Jiménez; en ella se harán perceptibles secretos de un espíritu diáfano, de un corazón puro; en ella como primorosos brotes se sucederán emociones que, unas tranquilas y cristalinas, como las nítidas aguas de un remanso y otras agitadas y cambiantes, como aquellas brisas que no interrumpen su incesante vaivén, pasaron por el alma del artista a quien con digna y elevada actitud tributará hoy la selecta concurrencia que me escucha, el entusiasmo de su ferviente y sincera admiración. Looir a quien en las actividades profesionales, en la nobilísima actuación de la cátedra, en las elevadas funciones públicas que también desempeñara con brillo, y en todos los actos de su vida íntima hace ostensible la exquisita delicadeza de su temperamento de artista, de ese temperamento suyo que ha

logrado armonizar los bondadosos sentimientos del alma tierna de un niño con la profunda experiencia y sabiduría de las grandes mentalidades!

Esta fiesta de arte se cerrará con broche de diamantes. Discretamente interpretada por alumnas del Colegio Superior de Señoritas, tendremos oportunidad de admirar hoy la zarzuela infantil, *Ensueños de Noche Buena*, escrita por dos almas que ofician con los arrebatos de su lírica inspiración en el ara donde se recoge, como guedeja de oro, la rubia cabellera de Apolo. Carmen Lyra, la sugestiva escritora que tan dulces misterios ha sabido desentrañar de la límpida alma del niño; Rubén Coto, en quien el habitual silencio de sus labios apenas se interrumpe cuando brota como una cascada de matizados colores esa canción que guarda con celos de enamorado y con gestos de huracán, allá en lo más profundo de su espíritu de verdadero artista, son los autores de la zarzuela citada; relato de las [impresiones de los chicuelos en esa inolvidable noche de navidad en que se confunden en un mismo arpegio las cálidas remembranzas de los ancianos y las inquietas y puras ilusiones de los niños!

Ahora permitidme que solicite vuestra benevolencia para pedirnos que olvidéis por unos instantes el sonido de mis palabras. La fina melodía de una Berceuse comenzará a agitar como tímida mariposilla sus alas de luz. La música va a principiar....!

Para Gris

SUTIL eres como el silencio, como la bruma, como la pena. Penetras al alma y la envuelves en sombras de dolor. No sé quién eres, pero amo tu espíritu que se muestra en tus escritos tembloroso y temeroso como blanca palomilla. Te ocultas bajo un manto gris como tus penas—que las has tenido, y hondas—pero no obstante la bruma en que te envuelves, y el retiro en que vives, se adivinan fulgores y se presienten aromas.

«Es un gris fantasma enorme que me acecha con pavor...» Es una confesión: tu alma lo grita.

Misteriosa personita, delicada y gentil, ¿qué triste peregrino se adormeció una noche bajo tu manto, y luego se alejó dejándote sumida en ese gris infinito de tu dolor?

«El amor, si es felicidad terrena, no es amor. Ha de ser una congoja del alma».

INVERNAL.

San José de Costa Rica,

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

El culto de los políticos

EN nuestro país no hay interés por la política. En cambio, interesan, de un modo exclusivo y anacrónico, los políticos. Y es que la política, la verdadera política, consiste en una lucha de ideas, y entre nosotros la indiferencia hacia las ideas continúa siendo una característica espiritual. Esta lucha de ideas no existe solamente entre los partidos. El arte de gobernar, vale decir de realizar ideas, supone una incesante adaptación al ambiente y no se llega a la adaptación sin la previa lucha.

El excesivo culto a los políticos me parece una evidente prueba de inferioridad. Hay algo de superstición en ese afán de interesarse tanto por los hombres públicos, amarlos y aun venerarlos. Y sube de punto la impropiedad de tanta admiración si observamos que, en la mayoría absoluta de los casos, no se trata de políticos, sino de politicastos, cuando no de vulgares caciques de parroquia.

El verdadero político, el *politician* inglés, por ejemplo, representa un alto valor dentro de las jerarquías espirituales e intelectuales. Es un creador, como lo es el hombre de ciencia o el artista. El gobernante que da vida a una institución nueva puede ser parangonado con el filósofo que expone una nueva doctrina o con el escritor que introduce en la literatura su modo personal y original de ver la vida y de interpretarla.

Pero es claro que, tanto el político como el pensador o el artista, no representan un valor positivo sino cuando son originales. El gobernante que sólo es capaz de copiar servilmente instituciones de países extraños vale tan poco como el joven poeta que imita las modas literarias. Pero para crear no es necesaria una originalidad absoluta, la que en realidad no existe, pues nada hay nuevo bajo el sol. Para crear, sea una obra literaria, una doctrina, una institución o una ley, sólo se requiere dar a las viejas o conocidas ideas un nuevo sentido o conducir las a un nuevo resultado.

Entre nosotros el verdadero político no abunda ciertamente. Nuestros hombres públicos, en su mayoría, son vulgares politicastos o lenguaraces analfabetos que van a las Cámaras para exhibir su estupidez o su insolencia. Hace algunos años había entre los políticos argentinos mejor educación que ahora, pero también un mayor desconocimiento de la cosa pública. Gobernaban para los amigos, no para el país; de ahí el atraso inconcebible de nuestra legislación. En sesenta años de vida constitucional es tan poco lo que nuestros gobiernos han realizado, que aún puede afirmarse, sin exageración, que todo está por hacer.

No obstante, un hombre de éstos, apenas muere, ya tiene una calle con su nombre y un conato de monumento. No importa que en un ministerio o en la vicepresidencia y aun en la presidencia nada haya realizado. Se venera al hombre sólo porque ocupó estas posiciones. En cambio, el país olvida a sus pensadores, a sus artistas, a sus es-

critores. Fueron necesarios no sé cuántos años para que Buenos Aires se decidiese a honrar timidamente al autor de *Martín Fierro*, el más grande de nuestros poetas. Mientras tanto, cualquier difuso glosador de la Constitución o pomposo charlatán parlamentario lograban los homenajes del país.

Aun no hemos salido de esta época primitiva. Los verdaderos valores espirituales todavía no son comprendidos ni recompensados. En política no se estima suficientemente al hombre de más ideas. Más se admira al caudillo, al sugestionador de hombres, al valiente, al que está siempre con sus amigos. Un político, entre el interés del país y el de sus amigos, debe estar según el criterio corriente, de parte de sus amigos. La democracia es una palabra aun sin contenido. Se cantan himnos al sufragio libre, pero cuando incomoda no se vacila en pisotearlo. En los últimos años hemos visto a un partido cometer en las provincias toda clase de desafueros contra el sufragio libre y sin que una sola voz honesta se levantara dentro del mismo partido para protestar.

El culto al caudillo, al gritón de comité y al que ha pasado por los cargos sin otra obra que la de haber distribuido empleos, desaparecerá cuando las grandes agrupaciones políticas tengan ideas. No creo que las ideas traigan el alejamiento de los farfantes y de los pillos, pero sí confío en aquella desaparición de un culto absurdo y bárbaro. Por ahora no importa que entre los que defienden ciertas ideas haya algunas gentes inferiores, a las que sólo les guía el lucro o la sensualidad; lo importante es que luchemos por ideas y no por hombres.

Esto no significa que no debamos honrar a los grandes políticos. Al contrario, creo que un ciudadano que ha dado a su patria útiles instituciones y sabias leyes merece el cariño del pueblo. Entre los argentinos que han realizado obra positiva, en las distintas actividades humanas, figuran muchos políticos. Lo que no quiero, ni ningún espíritu culto puede quererlo, salvo por interés, es que se honre a los gobernantes que no realizaron una obra excepcional. Conveniencias de amistad o de familia, mezcladas a un desconocimiento de los valores humanos, llevan a las gentes, en nuestro país, a honrar a ciudadanos mediocres, cuya obra consiste en no haber sido perjudicial y en haber dejado pasar los años en encumbradas posiciones públicas.

Tengamos el culto de los grandes hombres, de los verdaderos creadores, sean políticos, escritores, artistas o sabios. Pero jamás el culto exclusivo de los triunfadores de la política, pues, aparte de lo perjudicial de un exclusivismo en estas cosas, esta actividad, dentro de las realidades cotidianas, no es siquiera la más noble ni la que exige un mayor valor intelectual y moral en quienes dedican a ella su vida.

MANUEL GÁLVEZ

(Atlántica, Buenos Aires).

Un libro de libertad

LA ZAFRA. - Agustín Acosta

¿Por qué se había de detener la ola de la reacción ante las playas de Cuba? Salida ayer de colonia, ha vuelto, casi por su propio peso, a la colonia. Impulsada, con oculto pero firme empuje, por la banca norteamericana, va tomando su antigua posición, doblada sobre la caña con la mocha en la diestra. Produce millones de toneladas de azúcar, y se regocija con el río de oro que sale de sus trapiches, porque algún sedimento deja en el suelo por donde pasa. Su único anhelo es trabajar, para ganar y gastar. El medianamente rico sueña con un viaje a París; el más pobre con un viajecito a la Habana. No hay otros ideales colectivos.

ENRIQUE JOSÉ VARONA

(6 de Junio de 1926, REPERTORIO AMERICANO de San José, Costa Rica).

QUIENES seguimos, ya alertando con alarma, ora en silencio vulnerable, las metamorfosis psíquicas y físicas de nuestras nacionalidades indo-latinas, viendo desaparecer a unas, contemplando la agonía de otras, y vislumbrando la aurora mortecina de las robustas, que se imponen: Centro América y las Antillas que se hundan, parte de Sur-América que agoniza, México que empieza a despertarse de su horrenda orgía de esclavitud y crimen fratricida... Consideramos que para Cuba, la cuasi irridenta Isla de oro antillana, ha estallado el primer grito de justicia social con el advenimiento del libro *La Zafra* de Agustín Acosta, el iconoclasta y solitario poeta de Jagüey Grande, de la romántica estirpe de Korolenko.

Crispa y aterra por su realismo lóbrego y por su veracidad cruda, vivísima, el poema revolucionario *La Zafra*, el primer canto de la batalla futura cubana, la primera diana viril de la tempestad demoledora que avanza, vengativa y ajusticiadora, sin clemencias cobardes o epicuristas en sus entrañas cuajadas de fraternidades y justicias.

Agustín Acosta es el cantor nuevo, enérgico y bravo, el sembrador fuerte y sencillo de los nuevos credos de hermandad, nuevos en la práctica y remotos en la fórmula ideológica, divorciado de los rapsodas mercenarios y de los juglares histéricos de la cretina burguesía.

Y con verbo de acero virgen abre su poema de combate el iconoclasta cubano, refulgentemente: «Mi verso es un aire incendiado que lleva en sí el germen de no se sabe qué futuros incendios. No es la primera vez que pongo mi arte al servicio de la patria; pero sí es la primera vez que lo pongo al servicio de lo que constituye la fuente de vida de la patria».

¿Cuál es esa fuente de vida que silencia el indómito cantor indo-latino de las nuevas y maravillosas auroras, que surgen imponentes por sobre los picachos de los Urales?

Es el IDEAL, el IDEAL de los ilotas, en marcha hacia la Justicia.

«Yo escribo—confiesa el austero panfletario de Jagüey Grande—para ciertas almas, para ciertas almas que son siempre extranjeras, que están siempre ausentes, y que por lo mismo abarcan totalmente el horizonte de las realidades que nos ahogan...»

No hay almas extranjeras en los nuevos mandamientos comunes de los parias del mundo, y si el poeta revolucionario escribe para ciertos espíritus de selec-

ción mental o artística y no para las melancólicas y tiranizadas muchedumbres, huérfanas y solitarias y envilecidas en su dolor, el poeta libertario cae en herejía, fornicación con la apostasía nefaria. Pero no es así... *La Zafra* es un libro de justicia, un libro renovador y de resurrección, un libro liberador para las muchedumbres encadenadas, un libro que hiende las carnes del filisteísmo burgués. *La Zafra* es un libro de esperanzas, porque es un libro de libertad, escrito con la ruda sinceridad de los idealistas estoicos y evangélicos. En sus páginas de tristezas y de odios, de amarguras y de ensueños, páginas de amor y fuego, que encierran fielmente la tragedia de Cuba, de la abatida y noble Cuba de las gestas luminosas e inmensas de la Demajagua y de Dos Ríos, hay cantos que destilan sangre como cuerpos heridos, que destilan odio como corazones traicionados con iniquidad, y que destilan amor como almas en éxtasis al conjuro sagrado de una estrella adorada...

En el canto V, el martirologio del bondadoso guajiro, el nervio dislocado de la nacionalidad cubana, canta el poeta:

A través de los férreos boscajes obstinados,
puntos de luz asoman los bateyes vecinos;
y un éxodo de flacos jornaleros cansados
llega al cercano pueblo por todos los caminos.
En el sucio bohío hay olor de guisado:
mas no la merecida dulzura del pastel
pondrá sobre la mesa el sabroso bocado.
(La mesa es una tabla de pino sin mantel).
En copas empañadas agua turbia reposa;
y mientras la comida transcurre inquieta y fría,
se piensa cuál daría su batalla gloriosa
en esas copas sucias la Bacteriología...

Y así sórdidamente, huérfanos de cariños,
en el bohío lóbrego crecen los pobres niños...

Así en estos lejanos parajes olvidados
vitaliza el estupro el hijo natural;
y los hijos anónimos y los hombres burlados
del adulterio aspiran el perfume letal...

La miseria del alma y la miseria del cuerpo, en su desnudez repugnante, que nos satura de rebeldías:

Descalzos y desnudos, niños escrofulosos,
con los puercos se arrastran en el negro hormigón;
con gallinas enfermas y con perros sarnosos...
(Y esto ocurre después de la Revolución...)

Y seguirá ocurriendo hasta que la palabra revolucionario de Cristo, cristalice, por la violencia.

El canto VI, es apocalíptico, apretado de sombras penitentes, almas de un pueblo que agoniza, pero no quiere morir:

Mientras lentamente los bueyes caminan,
las viejas carretas rechinan... rechinan...

Vadean arroyos, cruzan las montañas
llevando el futuro de Cuba en las cañas.
Van hacia el coloso de hierro cercano,
van hacia el ingenio norteamericano...

Vadean arroyos... cruzan las montañas
llevando la suerte de Cuba en las cañas...

y como quejándose cuando a él se avecinan,
cargadas, pesadas, repletas,
¡con cuántas cubanas razones rechinan
las viejas carretas...!

El sol tiene un color de fuego que impresiona,
un color amarillo de catástrofe...

El canto VIII, es de odio santo y de justicia honda y bella:

El pobre esclavo muerde su acérrimo rencor

En el aire dormido hay un olor de sangre...!

El canto XI, es de lamentaciones penosas de cuyas hondas amarguras brota el nervio viril del valor fulminante:

El millonario suelo hoy está pobre;
pero en las manos de los campesinos
el acero no se corroe.

Pero no importa. Volverá el empuje
de las nuevas generaciones;
el filo del machete hará visibles
lejanos horizontes.

El canto XIII, es el canto del Azúcar, el oro blanco de la demencia de Cuba, cuasi irridente:

la esperanza de todos hecha fino cristal:
grano de nuestro bien... clave de nuestro mal...!

Todo sale de ti: el lujo, los placeres

el bullicio sin tregua, la inconsciente alegría;
las óperas carísimas... el derroche... la orgía...

¿Y por qué tanta depravación, tanta vesania y tantas miserias en campiñas y ciudades cubanas?

Agustín Acosta, con desesperación y con dolor y con valor se lo arroja al rostro de su pueblo amado, el anatema estoico:

POR NO TENER UN GESTO DE SANTO... O DE ANIMAL...

Su canto más acerbo, más pleno de angustias y cariños, más henchido de amarguras y afectos fraternos hacia Cuba es el XIV, de acres recriminaciones pero todo amor al cubano:

No esperes que te adule, campesino cubano,
tengo derecho a hablarte: por algo soy tu hermano...

Tú has vendido tus tierras al billete extranjero;
has jugado a los gallos... Casi eres pordiosero...!
Te ve como a un colono la tierra que fué tuya:
no respetaste el viejo árbol que ya no arrulla
los nacimientos faustos de la larga familia...
Contigo el viejo árbol ya no se reconcilia.
Aureas te deslumbraron las águilas falaces,
y entregaste el tesoro de tus tierras feraces,
sin comprender que en esa locura a que te dabas
la pobre patria tuya era la que entregabas...

Arráncate la venda y mira al porvenir
con el ansia absoluta de quien quiere vivir.
Fúndete en el espíritu de cuanto te rodea,
y la idea del éxito aprisione tu idea.

Tus hijos no sean los parias del mañana:
mientras haya un pedazo de tierra en la sabana,
apto para que el germen en sus úteros prenda,
has que la tierra alumbre... ¡Arráncate la venda...!

Cultiva... labra... quema todo cuanto demuela;
e infúndele a tu prole el amor de la Escuela.

Organiza tu vida... Busca lo que te falta.

Y en su canto XV, fustiga al filibustero intruso, soberbiamente:

Tenían los ojos azules...
Tenían repletas las arcas...
Mercurio lascivo veía
las vírgenes carnes amadas,
desnudas al sol de los cielos...
Tenía los ojos azules...
Se ignora el color de sus almas...

El color del alma del pirata de Yanquilandia es el del crimen y de la perfidia: que lo atestigüen México, las Antillas, Centro América, Colombia, etc...

La Zafra es el primer catecismo de libertad para los cubanos, de la nueva libertad, la de la justicia social, cuyas hogueras potentes e invasoras por sobre los aires y por sobre los espíritus, por sobre Tartufo y Falstaff, por sobre Procustes y Pilatos, van incendiando los ancianos credos de la Esclavitud, van iluminando el camino de los ilotas que se reivindicán...

LAGUADO JAYME

Habana, Julio de 1926.

Bibliografía titular

LOS LIBROS RECIBIDOS EN LA SEMANA

Literatura infantil

RAFAEL ALBERTO ARRIETA: *Sueño de una noche de Otoño*. Cuento para niños. Ilustrado por Petrone. Buenos Aires. 1926. (Don. del A.)

Poesías

JOSÉ G. ANTUÑA: *Los viejos ritmos*. París. 1925. (Don. del A.)

JUAN ESPAÑA: *Mi tierra*. Versos. Caracas. 1926. (Don. del A.)

CARLOS PRENDEZ SALDÍAS. *Devocionario Romántico*. Portada de Gustavo Ried. Santiago de Chile. (Don. del A.)

I. VÁZQUEZ. *Poesías*. Maracaibo. 1926. (Don. del A.)

J. W. GOETHE. *Fausto*. Primera parte. Traducción en verso de Augusto Bunge. Bue-

nos Aires. «El Ateneo», Casa editora. (Don. del A.)

PEDRO PRADO. *Androvar*. Poema dramático. Nacimiento. Santiago de Chile. 1926. (Don. del A.)

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS. *Traducciones poéticas*. Editorial Excelsior. París. 1926. (Don. del A.)

ILDEFONSO PEREDA VALDÉS. *La guitarra de los negros*. Viñetas de María Clemencia. 1926. Montevideo. Buenos Aires. (Don. del A.)

LUIS CARDOZA ARAGÓN. *Maelstron*. Prólogo de Ramón Gómez de la Serna. Editorial Excelsior. París. 1926. (Don. del A.)

IGNACIO DE J. VALDÉS JR. *Vibraciones*. (Poesías). Panamá. 1926. (Don. de Juan B. Thibault).

DÍAZ CASANUEVA. *Un aventurero de Saba*. Poemas. Ilustraciones de Norah Borges. Ediciones PANORAMA. 1926. Santiago de Chile. (Don. del A.)

ALEJANDRO PERALTA. *Ande*. (Poemas). Grabados en madera de Domingo Pantigoso Editorial TITICACA. Puno. Perú. 1926. (Don. del A.)

L. M. CARABAÑO. *Canto de la Batalla de Ayacucho*. Santurce. Puerto Rico. (Don. del A.)

ALFONSO ESPINO. *Facetas*. San Salvador. 1925. (Don. del A.)

Teatro

Canción de rosas, por JORGE ARIEL. Quito. 1925. (Don. del A.)

Novela

LUIS FELIPE RODRÍGUEZ. *La copa vacía*. Novela. Madrid; 1926. (Don. del A.)

GENARO ESTRADA. *Pero Galin*. Editorial. CULTURA. México. D. F. 1926. (Don. del A.)

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.

EN discurso a esta fecha conocido de toda gente culta, el Presidente de la confederación norteamericana, Mr. Calvin Coolidge, inscribe al argentino Sarmiento entre varios *hombres de letras* pertenecientes a la América Latina. Según vemos en número reciente de *La Tribuna*, tal clasificación le ha chocado no poco a mi respetado amigo don Elías Jiménez Rojas y aun parecen chocarle más estas palabras de un anglo-americano, que el Presidente Coolidge inserta como propias en el citado discurso: «Con excepción de Emerson, es dudoso que ninguno de los paladines de nuestra edad de oro literaria sea superior a Sarmiento». Esto se le puede pasar a un Coolidge, a quien probablemente, lo que yo aventuro de mío, se le alcanza poco en achaque de letras españolas; pero lo que saca de quicio a nuestro eminente conterráneo es «oir a un distinguido representante de España hablar, en el *Diario de Costa Rica*, de la lengua de *Mío Cid*, *Don Quijote* Bolívar y Sarmiento». Su tesis es que Sarmiento, «el indómito hijo de la pampa, encarnizado enemigo de las humanidades», no es un hombre de letras. Es bien conocida la agria actitud de Sarmiento en este particular; pero, como para que de ello no quede sombra de duda, el señor Jiménez Rojas pone al desnudo la aspereza de esa prevención al reproducir un trozo en que el escritor argentino arremete sin piedad contra don Andrés Bello, a quien, según dice, condenaría al ostracismo sólo por ser un gran literato. Incúlpalo duramente por haberles dado a gustar a los jóvenes «las exterioridades del pensamiento y de las formas, con menoscabo de las ideas y de la verdadera ilustración».

Por esos tiempos se concedía importancia singular en nuestras sociedades al juego artificioso de la retórica; los estudios no se extendían muy mucho fuera del trivium clásico, en que la gramática y la retórica se regodean con la posesión de señorío que ningún otro ramo del saber les disputa. Bello era un representante singularmente caracterizado de esa cultura, que, después de todo, no podía ser otra, porque era la que correspondía al momento caótico de una sociedad apenas en formación. En esa edad histórica, que es la edad de la adolescencia en los pueblos, prima la imaginación sobre las otras facultades: explícate de este modo el prurito de las sociedades noveles en cultivar las artes ligeras de la fantasía; al cabo, por entre los cármes amenos de las letras han entrado siempre las civilizaciones en todos los países; natural era, por consiguiente, que, como fórmula elemental de cultura, el gay saber preponderara en aquel período embrionario de la civilización chilena. Sarmiento parecía rebelarse, por lo visto, contra un orden intelectual que en aquel momento histórico tenía su razón de ser. Hay que pensar, sin embargo, en el temperamento y en la ideología del gran argentino.

Sarmiento, escritor

A mi distinguido amigo el señor don ATILIO D. BARILARI. Ministro de la República Argentina.

J.a.f.



Sarmiento fué hombre de una inteligencia impetuosa y desordenada, que nunca conoció la disciplina del estudio metódico. Sarmiento se había forjado un plan de cultura que no solamente había de hacer las necesarias adaptaciones de otros países al medio criollo, sino que había de propender, mayormente, a echar por cauces de civilización las fuerzas desatadas, signos, sin embargo, de sana energía, en que, a raíz de la independencia, hubo de descomponerse la vieja colonia. Sarmiento se sentía vivamente aguijoneado por esa noble impaciencia que lo impulsaba a combatir, con ruda exaltación, en ocasiones, con elocuencia, a toda hora, por incorporar en el régimen político de su patria los progresos de que toda nación culta se gloria. Anticiparse a los tiempos era para él una obsesión, que sintetizaba en esta expresiva fórmula: «Hay que actualizar el porvenir». Sarmiento entendía que el cultivo de las humanidades constituía un entretenimiento ocioso para la juventud hispanoamericana de entonces, la que, a su parecer, debía entregarse, por consiguiente, a ejercicios intelectuales menos platónicos o, sea, más propicios a la realización de los progresos sobre los cuales asienta hoy sus construcciones la vida civilizada. Era ese en cierto modo el prodromo de la disputa que pronto surgiría entre las Humanidades Clásicas y

las Humanidades Modernas, según se dijo después, o, más propiamente, entre aquellos que a las lenguas clásicas otorgan prioridad en los planes de estudio y los que a las lenguas de uso corriente y a las ciencias asignan el lugar de honor otrora ocupado por el latín y el griego.

Vislumbrábase apenas la disputa y ya Sarmiento ocupaba en ella un extremo; el otro estaba ocupado por aquellos que en el estudio del latín contemplan la clave de todo saber; piensan estos tales que el estudio de las lenguas sabias capacita para alcanzar éxito satisfactorio en cuanto se emprende, así se trate de empeños en que no cabe la intervención de las letras. A buen seguro que no desconocía Sarmiento el valor extraordinario de las lenguas sabias como agentes de cultura que ejercitan acción educadora sobre diferentes órganos espirituales; lo que no podía admitir era esa supuesta y fantasiosa virtualidad que, según todavía pretenden algunos, suple los efectos de disciplinas con las cuales el estudio del latín y del griego no tiene la más insignificante relación. Carecía el gran argentino de la pachorra necesaria para seguir paso a paso el lento curso de las evoluciones naturales; él aspiraba a incorporar la civilización en su país por un simple acto de conquista, y, en esta disposición de ánimo, natural era que echara la corriente impetuosa de sus preferencias hacia estudios por virtud de los cuales el hombre resulta capacitado para hacer en corto tiempo obra por paciente trabajo antes realizada en el trascurso de luengos años. Esto seguramente lo hacía ver en el estudio de las humanidades un pasatiempo que inutilizaba facultades susceptibles de hacer labor provechosa en dedicándose a menesteres más prácticos. Su hostilidad contra las humanidades tiene en esto una explicación. Sarmiento estudió el latín en sus mocedades; consta el dato en *Recuerdos de provincia*; indigencia de tal conocimiento no pudo haber engendrado, por consiguiente, la fiera ojeriza que manifestaba contra tan noble estudio; menos podía haber engendrado ese prurito de hostilidad en quien, como él, poseía, de propio fuero, virtud para discernir y apreciar justamente las bellezas de todo género en que rebosa la lengua del Lacio. La ideología de Sarmiento en lo que respecta a educación, de que hizo órgano, el más apropiado, sin duda, para hacer vivir sus grandiosos planes de cultura, ofrece también asidero a la idea de aversión en él observada contra las humanidades.

Aunque no lo enuncie de modo concreto, bien fácilmente se deja ver, al trasluz de consideraciones nada dudosas, que de colegio organizado por él quedaría necesariamente excluido el estudio de las humanidades. Con la ideología avanzada y premiosa de Sarmiento sólo podía conciliarse una organización docente en que la juventud encon-

(Pasa a la página 138)

EL señor Laguado Jaime, fervoroso escritor venezolano «de vanguardia», me escribe con esta solicitud: «Déle cabida en su interesante sección de *El País* a la carta que le adjunto de nuestro eminente compañero Agustín Acosta, con esa breve acotación...» Aunque no es ni pudiera hacerse costumbre de ningún comentarista morador el coger visitas que le llenan toda la casa, hago hoy gustosa excepción en obsequio del señor Laguado Jayme, por la triple hospitalidad a que me obligan su solicitud, su condición de escritor extranjero y el tratarse también de nuestro egregio Agustín Acosta. Siguen, pues, la carta y comentario en cuestión:

«Señor F. Laguado Jayme.

Habana.

Mi distinguido compañero y amigo:

No sé qué agradecerle más, si su artículo estupendo, lleno de comprensión y de valentía, o su carta autógrafa, en la que usted afirma el supremo elogio: «usted es un hombre libre.» En efecto, hasta donde es posible que lo sea un hombre vinculado a la sociedad y a sus intereses creados, yo soy un hombre libre. Si no actúo en otra forma, sino en la pasiva del libro o de la prédica constante, es porque existen en el mundo seres por quienes debo velar. No porque tema quedarme solo. Solos estamos siempre los que se aprestan a romper cadenas. Martí dijo: «Aquel que lleva la luz se queda solo.» Siendo la luz verdad, lógico es suponer que estamos solos; porque es más sabroso besar la cadena que hincarle el diente para destruirla.

Su artículo me honra de manera inusitada, aunque en honor de la verdad le confieso que su doctrina es más avanzada que la mía. Por desconocimiento o por desconfianza, yo no he llegado todavía al extremo que usted se coloca. Creo que no podríamos contar nunca con la plebe, vista ésta de blusa o levita. Porque la plebe de levita es acomodaticia y venal, y la otra es cobarde y vil (!).

Creo que los artistas no podemos dirigir multitudes, sino prepararlas. Tenemos la jeringuilla en la mano para inyectar; pero los músculos han de responder espontáneamente, por simpatía.

...La crítica cubana no ha querido ver ese libro desde su único punto de vista: desde el punto de vista en que usted lo ha visto.

Lo saluda cordialísimamente, su compañero y amigo,

AGUSTÍN ACOSTA.»

**

(!) No es la crapulosa vanidad la que me induce a dar a la publicidad esta carta del ilustre poeta cubano Agustín Acosta, la cual me ha enviado con motivo de un breve comentario mío sobre su revolucionario libro *La Zafra*, comentario publicado en la gran revista del noble e infatigable Embajador Espiritual en la Habana de los escritores y artistas latino-americanos, Don Ramón

Hospitalidad

Por JORGE MAÑACH



Agustín Acosta

Dibujo de JOSÉ MARÍA DE ACOSTA, hermano del poeta.

A. Catalá, en su gallarda tribuna *El Figaro*, del primero de este mes.

Sólo el dolor y la penuria moral en que gimen nuestros pueblos latino-americanos, constituidos por el noventa por ciento de obreros y campesinos, las vilipendiadas clases proletarias, me inclinan a hacer algunas cortas acotaciones a la carta del eminente compañero Acosta, quien por su sinceridad, su mente y su valor, si él lo quiere llegará a ser el primer poeta revolucionario de la hora actual de la América, de esa vergonzante América de Juan Vicente Gómez y Emiliano Chamorro y Compañía y Sucesores, ya que la América de los Camilo Torres y de los Coto Paúl, permanece en lo hondo de los corazones idealistas, como fragancia sagrada...

Es la plebe de blusa, esa digna, silenciosa, envilecida, explotada, cobarde y vil plebe de obreros y campesinos, cobardé y vil porque así se le ha educado y se le educa, la que provocará y realizará la revolución social latino-americana. El futuro de la América Latina depende de sus campesinos y obreros, quienes guiados por hombres conscientes y libres, por hombres buenos y dignos, la harán el refugio de la Humanidad, como lo anunciaron Bolívar y un visionario argentino.

Las plebes de levita que forman nuestras amorfas jerarquías aristocráticas, tan despreciables como infames, son las que han forjado a Rozas, a Porfirio Díaz, a García Moreno, y son las que sostienen a Juan Vicente Gómez, a Augusto B. Leguía, a Vallenilla Lanz, etc., etc.

La juventud revolucionaria venezolana no solamente combate contra Juan Vicente Gómez, sino por la cristalización de la revolución social latino-americana, y lucha con la cooperación de todas las juventudes avanzadas de la América Latina, con la cooperación brillante de la juventud renovadora y bravía de Cuba, a cuya vanguardia se encuentran Agustín Acosta, Mella, Martínez Villena, Mariblanca Sabas Alomá, Juan Marinelo Vidaurreta, Orosmán Viamontes, Aldereguía, Tallet, Lamar Schweyer, Jorge Mañach, Fernández de Castro, Vivó, Fernández Sánchez, y otros, vivamente interesados por hacer de Venezuela el centro libertador, como ahora un siglo...

LAGUADO JAYME.

Habana, Agosto de 1926.

(Tomado de *El País*, Habana).

Vida azul

Sentirse amado, amarlo todo
y en rosas convertir el lodo!

Mirar la vida con serenos ojos,
y no tener rencores ni buscar enojos.

Admirar el furor de las tormentas
y gustar la paz, tras luchas cruentas.

Pensar que es más hondo el bien que el mal
y que no existe el destino fatal.

Volar tras una bella ilusión
que si se aleja, nos dará redención.

Desear con inquietud las cosas bellas
aunque sean lejanas como estrellas!

Poner el pie en el lodo humano
y hacia el azul, tender la mano.

De ternuras tener una ansia loca
y llevar sed de besos en la boca!

Sentirse amado, amarlo todo
y en rosas convertir el lodo!

CLARA DIANA

San José,
Costa Rica.

Revista Jurídica y de Ciencias Sociales

Organo del Centro de Estudiantes
de Derecho

Director:

VICENTE E. MARQUEZ BELLO

Secretario:

BERNARDO SIERRA

Redacción y Administración:

BALCARCE 167.—U. T. Avenida 5739

Buenos Aires.

Sarmiento, escritor

(Viene de la página 136)

trase pronta satisfacción a su necesidad de cultura. Hacíase preciso ya por entonces que el joven viniera a sentirse elemento eficaz y activo de trabajo en el mundo a que pertenece, ya que la primera virtud de la educación es despertar personalidades latentes y darles la medida de su propia eficiencia. El concepto social de la educación sólo puede ser realizado con plenitud mediante el aporte ideológico de materias que le confieren a uno aptitud para confrontar abiertamente los problemas de la vida diaria; en no pocos planes de estudio comparecen hoy en día estas materias insustituibles, y a su supremacía queda necesariamente subordinado el conocimiento de las lenguas históricas; planes de estudio hay también en que de tales lenguas sólo encontramos las raíces. Es que solamente así, con el auxilio de esas materias hoy fundamentales, asume su función social el colegio de educación secundaria. Esto lo tiene hoy todo ente culto por canon reconocido de la Sociología, y por eso se queda uno atónito cuando halla persona, sobre todo, si pertenece al grupo de los educadores, apegada aún a la idea primitiva de que la misión del colegio sólo consiste en transmitir conocimientos, o, sea, en instruir,—lisa y llanamente.

Pero no: ya Sarmiento, con su sagacidad de vidente, había comprendido que el colegio de educación secundaria debía estar acondicionado de modo que sólo demandase al joven la apropiación de los conocimientos correspondientes a la cultura media necesaria a todo hombre del día para que sea factor útil en la economía social. Generalizar esa cultura media es la obligación esencial del Estado. Desde luego, no cabe allí el estudio de la Filología, ni siquiera el estudio de las lenguas históricas; lo cual no quita que el Estado sostenga en buena hora instituciones docentes donde la cultura sea más variada y reciba mayor amplitud; sobre todo, cuando siempre ha de haber, y conviene que haya, inteligencias deseosas de ensanchar el radio de su cultura o que experimenten el gusto superno por el tráfigo de las humanidades. Lo que preocupa y contraría a Sarmiento es que a las humanidades se les conceda prioridad en los estudios, «con menoscabo de las ideas y de la verdadera ilustración», o, sea, de los conocimientos prácticos, como ahora se dice. Aun a riesgo de que se tome por impertinencia, yo he de decir, por mi parte, que, al discurrir de ese modo, Sarmiento se mostraba también, como en todo lo suyo, gran estadista. Nada quita a este concepto que, al expresar su sentir, lo haga con toda la vehemencia de su temperamento impulsivo. De cualquier modo que sea, ello no admite duda que Sarmiento tenía en franco aborrecimiento el estudio de las humanidades; por donde resulta del todo puesto en razón, ante esa hostilidad, que mi respetado amigo don Elías Jiménez

Rojas se muestre extrañado de que haya quien proclame hombre de letras al gran revolucionario del Plata. Pero importa mucho advertir en este lugar que ya por aquella época el estudio de las humanidades parecía comprender solamente, y si no solamente, esencialmente, a lo menos, el ramo de la Filología. Esta frase, *hombre de letras*, corresponde en francés a lo que en el romance de Castilla se enuncia hoy con esta sola palabra,—*literato*; sería forzoso convenir, según esto, en que Sarmiento no fué un literato, lo que se impone con todo el rigor de una verdad inconcusa, si se toma la palabra en su acepción rigurosamente latina: gramático, retórico. A poco que nos echáramos por los caminos de esa investigación nos encontraríamos con que Sarmiento no se revolvió airado sino contra esos dos ridículos cancerberos de la lengua,—la Gramática y la Retórica.

Dase también el nombre de literato al obrero intelectual que del ejercicio ordinario de las letras hace una profesión: tampoco en ese sentido cabe decir que Sarmiento sea un literato. Es verdad que la producción literaria de Sarmiento fué copiosa; pero el lucro no era cosa que podía entrar en sus cálculos de escritor; en aquellos días azarosos el escribir no era aún oficio de *pane lucrando*. Ya no en la República Argentina, en donde por la difusión de la cultura, el arte de escribir ha llegado a ser un modo honorable de subsistencia, en otros países indohispanos el ejercicio militante de la literatura, así se ejercite con raro lucimiento, a nadie le acarrea un mendrugo para llevarse a la boca en días de egestad; de ahí viene que se tilde de vago, no sin cierta regocijada ironía, al cultivador habitual de las letras y que escritores de mérito repudien, casi con indignación, como si fuese un mote, el título de literato. Se puede ilustrar la tesis con el caso del propio señor Jiménez Rojas, para quien posiblemente sería motivo de enfado que se le llamase hombre de letras, en lo que, admitido su criterio, quizás la razón estaría de su parte; pero el no ser hombre de letras no es óbice para que en él se destaque fuertemente la personalidad del escritor. Desde el retiro donde vive en la noble familiaridad del trabajo y del estudio, el señor Jiménez Rojas ejerce con cierta actividad el elevado magisterio de la pluma. Toca por lo común, siempre con singular independencia, asuntos relativos a la vida corriente. Escribe con soltura y sin artificio, no sin que nos enseñe algo siempre que escribe y, lo que importa mérito mucho mayor aún, no sin que nos induzca a provechosa reflexión. Hacer pensar a sus lectores es propiedad que ilustra al escritor de claro y fuerte entendimiento.

Sarmiento escribía porque necesitaba hacer penetrar la luz de sus concepciones en la conciencia pública, a fin de que en ella

las nuevas fórmulas de vida hallasen sólido arraigo, y, hombre de genio, sentía que la pluma del escritor era en sus manos un magnífico instrumento de combate: así y todo, Sarmiento no se hubiera dado a la tarea batallona de escribir a no haber sentido, además, que, por alta concesión de los dioses, poseía también el talento de la palabra; en términos más generales,—el dón literario, de lo que nos ha quedado señal inequívoca en todas sus obras, la mayor parte de las cuales escribió entre las agitaciones de una lucha cotidiana, no pocas veces, truculenta. Aparentemente caigo en contradicción al decir que Sarmiento hizo labor literaria, luego de convenir con el señor Jiménez Rojas en que el gran argentino no fué un hombre de letras, o, sea, un literato. Pero una observación, nada sutil, por cierto, nos dice que se puede hacer labor literaria, y no así como se quiera, sino excelente labor literaria, sin ser un gramático ni un retórico, sin haberse enzarzado nunca en los intrínquilis de la Filología, y aun sin ser, por último un literato o, sea, un hombre de letras,—tomada también esta expresión en cuanto designa al intelectual que, en el concierto de las actividades útiles, tiene por oficio escribir para el público. En este caso se halla sin duda el autor de *Facundo*. No es mi ánimo decir que tales conocimientos estén de sobra en quien profesa el arte de escribir,—ni esos, ni ningunos otros. El saber mucho nunca daña, y, en rigor, la verdad es que nunca se sabe demasiado. Ello claro se dice que el escritor docto, como esté dotado, eso sí, de capacidad congénita, llena seguramente con más lucimiento y con mayor eficacia sus funciones de tal que quien sólo tiene audacia y frescura para apechugar con las cuartillas en blanco y para dejar en ellas esos trazos irregulares y borrosos que son como manchones de larvas. En resolución, el conocimiento de las humanidades le es útil al escritor cuando en éste reside el *quid divinum* de donde dimana la aptitud, susceptible de perfeccionamiento, sin duda, que, al combinar sabiamente pensamiento y forma, realiza obra bella. Pero el dominio de las humanidades no le confiere a ninguno, como por vía de gracia, o por añadidura, el dón literario de que espontáneamente brota fruto de arte duradero, aun cuando con testaruda obstinación encarnice sus afanes en urdir laboriosas lucubraciones, auxiliado por los aleatorios recursos de la retórica. Este exacerbamiento de los recursos retóricos suele hacer que el idioma literario acabe por convertirse en un mecanismo, y es ley que todo mecanismo funcione con la monótona regularidad de una máquina. ¿Que hay en esto exageración? En efecto, tal vez la lengua no cae en ese sincronismo mecánico; pero no cabe duda de que hay elocuciones caracterizadas por una fastidiosa monotonía.

De todos estos casos hay ejemplos numerosos en el reino anárquico de las letras. Citemos en primer lugar a don Juan Valera. Don Juan Valera fué un humanista insigne; tradujo directamente del griego

Dafnis y Cloe, la graciosa novela en que sin malicia alguna los dos mancebos se sonríen el uno al otro con el rostro empurpurado por el fuego de la pasión gustada; con un desenfado señoril, sin un rasgo que denuncie afectación, don Juan Valera escribe un romance purísimo; su prosa tiene suavidades y tersuras de seda, la estofa aristocrática; su estilo puede dar la impresión del elegante pergenio ático. Don Juan Donoso Cortés fué otro humanista notable, también del siglo XIX; pero, seguramente menos bien dotado que el autor de *Pepita Jiménez*, el temperamento literario de Donoso Cortés es más accesible al poder capcioso de la retórica y en su prosa cunde un efectismo de énfasis, de hipérbole y de ampulosidad con pujos de grandilocuencia, tal como aparece en su famoso discurso sobre la Biblia. Esta técnica de la retórica, tan meticulosamente observada por algunos escritores, parece haber determinado ciertas modalidades de expresión comúnmente comprendidas en el estilo llamado académico. Los que entienden en estas minucias de las letras saben bien en lo que consiste eso a que por lo general suele aplicarse el nombre un si es no es aristocrático de estilo académico, por más que en todo rigor no haya un estilo propiamente académico. Resabio de tal índole no puede decirse que sea, sin embargo, condición aneja a la calidad de académico; muéstrase más bien como sino de aquellos a quienes los dioses no han otorgado suficiente riqueza de imaginación con que tejer mantos de oriental orfebrería para ennoblecer la figura no siempre gallarda de su pensamiento. Inopia de espontaneidad es lo que origina esa vaga propensión al amaneramiento que algunos tienen por marca académica, sin que sea otra cosa, a mi ver, que fruto del predominio retórico sobre mentes sin virtud para lanzarse a galopar libremente sobre el pegaso de la fantasía.

Azorín es hoy en día, creo yo, el mejor caracterizado de los miembros pertenecientes a la Real Academia Española. Por su extensa cultura clásica, por sus conocimientos en el ramo de las humanidades, por su absoluto señorío del idioma, por su amplia visión de crítico, por sus eximias dotes de escritor, en cuyas manos de artífice la prosa se vuelve materialmente dúctil a todas las ideaciones del buen decir, la personalidad de Azorín sobresale algunos codos sobre los cultivadores del arte literario que en España y en los tiempos presentes han alcanzado justa nombradía. Pero he aquí que, con ser académico de tonos tan fuertes, Martínez Ruiz no somete nunca su verbo a ese régimen estructural de donde las cláusulas suelen salir como si fuesen el producto recién torneado y luciente de un aparato retórico. Es que la tiranía de la regla nada puede contra el arranque del instinto literario, cuando éste viene de muy adentro. En el reverso de esta medalla aparece la figura algo fosca de don Miguel de Unamuno. Don Miguel de Unamuno es también un humanista de fuste; instruído helenista, por añadidura, hállase a buen

seguro íntimamente familiarizado con la historia de las escuelas en donde se enseñaba el artificio retórico; es de presumir, eso no obstante, que, a haber cursado en ellas, don Miguel de Unamuno nunca habría llegado a ser un discípulo de provecho,—tal es el desdén olímpico con que en sus magníficas lucubraciones se desentiende de los viejos cánones retóricos. La fraseología del ilustre pensador vasco se me asemeja a un árbol de recio tronco y de ramas retorcidas, pero vigorosas; no se advierte en ninguna parte la meticulosidad que recorta y que pule; el aparente descuido en nada desdice, con todo, del mérito literario; antes bien, la gravedad del pensamiento resalta más hermosamente allí, entre aquella aspereza. ¿A qué decir que don Miguel de Unamuno está universalmente reconocido como gran escritor? Este tipo de escritor está aun más característicamente representado en Pío Baroja. Un desenfado olímpico hace aparecer a Unamuno como a hombre que ignorara la existencia de la retórica; Pío Baroja, este otro fosco hijo de Vasconia, no sólo trata despectivamente a la decaída dueña, sino que hace burlesca ostentación de sus desacatos. Nunca fué cosa fácil escribir con arreglo a lo que supone una estricta corrección, o a lo que comúnmente se toma por corrección, concepto en que entra mucho de capcioso y convencional. La supuesta corrección no suele ser otra cosa que un entretenimiento bizantino. La comunicación entre los pueblos civilizados se intensifica cada vez más, con los naturales y consiguientes beneficios para los unos y para los otros; resultado de esa promiscuidad, vector de recíprocas influencias, son los vocablos y los usos pertenecientes a otros léxicos que en la urdimbre de la lengua vernácula introducen su exostismo abigarrado; más todavía se nota el aporte extranjero en el lenguaje culto de los escritores hispanoparlantes, que en las literaturas de otros países, sobre todo, en la de los franceses, creen encontrar formas de expresión más apropiadas a las sutilezas y complicaciones del pensamiento. Ciertamente, no podría atribuirse a Pío Baroja esta debilidad por las voces de fuera; su vocabulario es generalmente castizo; en lo que muestra su inaudita y donosa desconsideración por los tradicionales fueros de la lengua es en el desuso, intencional, al parecer, en ocasiones, que hace de los principios, simples y corrientes, a que está sujeta la construcción lógica de la cláusula: no hay tal vez en castellano escritor de nota que escriba con mayor desarreglo. Con harta razón él mismo se reconoce y se dice antigramático y antiretórico. La lectura de sus obras produce, en medio de todo, deleite de la mejor ley. Pío Baroja es un mal humorado, un hombre que padece de atrabilis: tal es la impresión que deja en nuestro ánimo su proclividad a la censura acre contra gentes y cosas. La animosidad del novelista español contra la gramática se manifiesta prácticamente: su pluma es un chafarote que hace estropicios a diestro y siniestro en los

cotos de la buena señora. Pero esas irregularidades no quitan nada de su virtud artística a las formas de expresión muy suyas, sin dejar de ser formas corrientes de expresión, que dan vigor al pensamiento, con frecuencia irónico, del gran novelista vasco: ese es el arte que ninguna retórica enseña. Hay en cuanto escribe el desaliño que más bien corresponde a aquella simplicidad indiferente reconocida por los críticos como el más valioso secreto del arte. Se le dificulta a uno comprender cómo con elementos tan poco literarios ha podido hombre realizar obra de tan estupefactiva factura literaria como esa con que Pío Baroja se acredita de gran escritor. Sin embargo, si atendemos a su hostilidad contra los usos gramaticales, de Pío Baroja puede decirse con harta razón que no es un hombre de letras.

Visto por estos aspectos, es con este escritor hispano con quien Sarmiento tiene mayores analogías, con lo cual claro se dice que, sin ser un hombre de letras, el argentino se hombrera de igual a igual con los escritores más eminentes de habla española. Es verdad que la forma tiene un valor insustituible en las producciones literarias; pero es verdad también que el pensamiento elevado lleva en su propia médula aquella virtud engendradora de emociones que sumen el ánimo en una suave y pura delectación; sino que esa fina capacidad para sentir la belleza del pensamiento, desnudo de todo artificio, es privilegio con que sólo se engríen mentalidades superiores. Sarmiento vivió en brega perenne con la barbarie criolla,—fruto de las fuerzas encontradas que en estado de desorganización había dejado el régimen colonial; de ese caos quería hacer surgir la patria nueva; sobre ese terreno movedizo quería levantar las construcciones de una nueva civilización. Para llevar a cabo empresa tan grandiosa, y tan ardua como grandiosa, aquel hombre debía remover obstáculos, armonizar criterios, suscitar actividades; a ese resultado sólo era factible llegar en aquella época mediante una intensa campaña, que Sarmiento sostuvo briosamente durante todos los momentos de su azarosa vida, sin otros instrumentos de combate que el periódico y el libro y sin que atenciones de ningún otro orden, inclusive aquellas del gobierno, que requieren el reposo necesario a la concentración de las ideas, alcanzara a interrumpir la ingente labor de su pluma. Porque si los viajes que hizo por el exterior impusieron treguas a sus actividades políticas, Sarmiento dedicó siempre esos cortos intervalos a hacer y reunir las observaciones que debían servirle para elaborar las obras en que por otros aspectos planteaba los problemas de cultura a cuya solución había consagrado ardorosamente su patriótico ahinco. La producción literaria del publicista comprende, por tal modo, nada menos que cincuenta y dos volúmenes. Imagínese qué categorías de pensamientos elevados no han de discurrir triunfalmente a lo largo de fojas y fojas iluminadas por el fulgor de una inteligencia que sólo concebía cosas

nobles y grandes. Pero en la masa corriente y moliente de los lectores el pensamiento del gran argentino no habría llegado a obrar con toda eficacia sin la fuerza de expresión que su poderoso instinto literario sabía darle. Por de contado, no debe Sarmiento a la retórica su buen éxito como escritor que encuentra siempre la forma adecuada a la índole, al propósito, al alcance, a la finalidad, en suma, de las ideas con que denodadamente sale a combatir por los prestigios y fueros de la civilización; no hay en sus lucubraciones aquel formalismo retórico que suele paralizar el calor del sentimiento: muéstrase en cuanto escribe dueño, señor y árbitro de esa facilidad afortunada y potente que sólo la naturaleza puede dar y de que el favorecido suele hacer uso con cierto desdén, como un gran señor que despilfarrar su fortuna desigualmente y al desgaire, pero siempre con grandeza.

JUSTO A. FACIO

(Concluirá en el próximo cuaderno).

REVUE DE L' AMERIQUE LATINE

Aparece el 10. de cada mes

Publica estudios de escritores, sabios y políticos franceses, hispanoamericanos y brasileños sobre la América Latina y sus relaciones con Francia.

Dará a conocer, en selectas traducciones, novelas, cuentos y ensayos de autores hispanoamericanos y brasileños.

Sus crónicas, numerosas y de variada índole, resumen la vida intelectual, artística, económica y social del Continente latino.

Principales colaboradores

Condesa de Noailles, Rachilde, Gérard d'Houville, Emile Boutroux, Paul Bourget y Henry de Regnier, de la Academia Francesa, Magalhaes Azevedo, Luis Guimaraes y Graça Aranha, de la Academia Brasileña, Marius André, Antoine, Paul Appell, Jacques Bainville, Louis Bertrand, Angel de Estrada, Claude Farrère, Francisco García, Calderón, F. de Homem Christo, Leopoldo Lugones, Camille Mauclair, Charles Maurras, Alfonso Reyes, Carlos Reyes, J. H. Rosny Ainé, etc.

SUSCRIPCIONES

En el Extranjero: (Países que concedieron la tarifa reducida): un año, \$ 2.40 o £ 0-10-0

(Los otros países, incluso Costa Rica): un año \$ 2.60 o £ 0-10-8.

Redacción y Administración,
84. Boulevard de Courcelles.—Paris (17^e).

LA COLOMBIANA SASTRERIA

Francisco A. Gómez Z.

Frente al Pasaje Jiménez. Al lado de la Botica Oriental

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Club en series a ₡ 3.50 semanales. Haga una visita y se le darán detalles.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Carta alusiva

(Véase el artículo *Un libro de libertad*, pga. 134 de esta entrega).

Apartado 1633
Habana, Cuba
Agosto 8 de 1926.

Al Sr. Don J. García Monge

San José, Costa Rica.

Mi distinguido compañero:

Para mí ha sido una grata vivita el envío que me hace usted, por intermedio de nuestro estimado compañero Sotillo Picornell, de su muy ilustrada revista REPERTORIO AMERICANO, de renombre continental. El mes pasado, Don Enrique José Varona, el ilustre y solitario pensador de Cuba, me obsequió el N.º 23 del REPERTORIO, de junio 19.

Tribunas de libertad, tribunas de sanción y tribunas de fraternidad espiritual como el REPERTORIO AMERICANO son las que urgen en nuestra América Latina, huérfana de Justicia y huérfana de heraldos orientadores, en esta hora caótica de su vida, cuando sus aristas personales se van borrando por los ventisqueros del imperialismo y de la reacción cesarista.

La labor suya con el REPERTORIO AMERICANO es una labor liberadora, porque es una labor de cultura y de civilización, por medio de los diminutos tipos de imprenta, los gigantes forjadores del progreso

El porvenir cuajado de sorpresas amargas y grandes satisfacciones morales y cívicas está, reposa por entero sobre los hombros de nosotros, es decir, de la juventud que nos levantamos sabiendo la responsabilidad que nos incumbe como futuros conductores de nuestros encadenados y tristes pueblos, hambrientos de justicia social.

Cuénteme usted como uno de sus jóvenes, pero el más humilde y lleno de fe, compañeros en la obra liberadora del REPERTORIO AMERICANO.

Soy su compañero affmo.

LAGUADO JAYME.

P. D.—Le estimo la reproducción de la carta de Agustín Acosta, que le remito.

Dos pareceres agudos

Del ex-Presidente Ospina, de Colombia, dice *El Espectador* de Bogotá:

Colombia, es decir, el partido conservador, quiso en una hora de decisión por el progreso material, ensayar el gobierno de los hombres prácticos. Por eso impuso por la fuerza el nombre del general Ospina para la presidencia. Y no resultó. No son las cualidades de esta clase de ciudadanos, superlativamente aptos para incrementar el patrimonio personal, las que sirven para labrar la grandeza de una nación, que no puede prescindir, sin degradarse, del factor moral, del desinterés, de las luchas idealistas y doctrinarias. El porfirismo, el deseo de eliminar los partidos, de formar cerca del tesoro la cofradía de los hombres eficientes, conduce infaliblemente al abuso y no pocas veces al peculado. La cuestión no es suprimir las pugnas ideológicas, sino, al contrario, elevarlas robusteciéndolas. Y el señor general Ospina fue incapaz de comprender esto, porque por encima del concepto de asociación ciudadana, tiene el de las juntas de accionistas. Para nosotros, el general Ospina no cae como un acusado sin justificación posible. Pero ninguno debió sentir como él la inaplazable urgencia de comenzar, como ya dijimos, la obra de su justificación.

Del Presidente Abadía Méndez recién electo, dice el mismo diario:

Si se nos exigiera que definiésemos al doctor Abadía Méndez con una sola palabra, diríamos ésta: *profesor*. Del maestro tiene los defectos y las virtudes. Porque hay que tener en cuenta que es un profesor colombiano, es decir, un personaje que no cree en la ciencia ajena, que está satisfecho con la propia, que dejó de estudiar hace algún tiempo, y que de la hora fija de clase ha sacado hábitos de regularidad desesperante. Como profesor ama la disciplina y la obediencia, juzga que todo el mundo es su discípulo, e ignora que el movimiento y la sonrisa puedan significar algo distinto de una falta de respeto al superior. Tiene que sentirse fastidiado por el temprano florecimiento de inteligencias que adoctrinó para que le secunden, no para que lo sobrepasen. Y necesariamente llevará al gobierno las prácticas que emanan de la costumbre de tener siempre escondido un libro que no han leído los alumnos. La política del doctor Abadía Méndez será sigilosa, prudente, llena de misterios, movida por cuerdas que nunca se le dejarán ver a la chiquillería,

Revista Parlamentaria de Cuba

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales, Cultura General y Defensa Nacionalista

Director: JOSÉ CONANGLA

Apartado 973 - Habana, Cuba.

Suscripción anual: . . . \$ 6.00 oro.

Página lírica

Poemas

Fuente

Te acercas al espejo
del lago que la herrumbre del nuevo otoño oxida.

Curvo alfanje, la luna
te degüella en el agua en que te miras,
y se queda tu imagen
flotando, naufragando... desprendida
cada vez más de ti,
calcomanía que la lluvia
despegó a los cristales de la brisa.

¡Ay, cómo palideces al oír
brotar el surtidor que te desangra,
mujer guillotizada, en la piscina!

Apenas si la onda que se trenza
con el ala del viento te añade una sonrisa.

A través de tus ojos,
la noche de noviembre está pasando
como un río de estrellas cristalinas.

La hora

Cogí la uva de tu amor tan tierna
que anticipó el verano a los racimos.
Por su dulzura prematura
perdió un rubí de otoño nuestro vino.

¡Hilaste mis canciones
tan de mañana, viento, en el molino!
El poniente llegó... No conservaba
un cabello de música el ovillo.

Tan temprano llevé
mi barca a tus riberas, que los lirios
de la espuma, la noche los halló
pendientes de los remos y marchitos.

¡Difícil ciencia de esperar! ¡Ventura
de la hoz que se atreve al amarillo
contacto de la espesa mies rizada
y da en la dura perfección del trigo!

¡Sabiduría de decir a tiempo
la canción y con tino!
Ni antes, ni después, en el minuto
en que la mano irregular del viento
da una vuelta completa
a las aspas iguales del molino.

Noche

Aguja de diamante, el surtidor
está bordando el cielo
con los estambres líquidos del agua.

Las manos de septiembre lo prendieron
en la constelación de La Balanza.

(Joyero
de la noche,
¿cuántos quilates pesas al lucero?)

Vendrá el alba de párpados de lino
y el viento
destejerá la trama de la sombra.

Se quedará vacío,
bruscamente deshecho
—con una estrella rota en cada hilo del aire—,
el telar de los sueños.

Y en torno al surtidor, como en un huso,
el agua enrollará su ovillo nuevo.

Tierra leal, Penélope de manos invisibles,
¿hasta cuándo
vas a esperar la vuelta del Odiseo?

El viento

*Aúlla, viento, aúlla.
Miedo mayor el de la pena muda.*

Que tus manos sacudan
los troncos de los árboles, y crujan
lo mismo el tallo esbelto del que se hacen las flautas
para mecer la cuna
y el pino que señala el sitio de las tumbas.

Incendiarás los campos. Del fuego que devore
la mies de los graneros, sembrarás la llanura.

Como salvaje toro vendrá la noche al río
y verá en el espejo de las corrientes turbias,
quemados por el fuego los cuernos de la luna.

*Aúlla, viento, aúlla.
Mayor dolor el de la pena muda.*

Se romperán los diques. El agua en que se azula
el tallo de los lirios hará estallar las grutas.

Pastor de cataratas,
llevarás al abismo rebaños de la espuma.

Y más alto que al agua que más subiera un día
subirán los niveles delgados de la lluvia.

*Aúlla, viento, aúlla.
Pena mayor la de la pena muda.*

Eco

¿Cómo pude arrancar,
con qué mano sin alma al árbol seco
en que la vida endureció sus savias
los tímidos renuevos de lo eterno?

Cambié
por un collar de frágiles palabras
un ánfora colmada de silencio.

Ay ¿por qué te maté dentro de mí,
Eternidad? Llevé tu cauce lento
a despeñarse en una
catarata de músicas vulgares
para mover las fábricas del eco.

Te dividí en minutos.
Rompí la adusta integridad del tiempo
en cuyo ancho caudal, solemne, bogas.
Tuve miedo de ti, como de un vuelo.

Nada quedó después.
He roto, Vida, tu árbol más erecto
para tejer guirnaldas con las hojas
y coger, en sus ramas, los pájaros del viento.

Ahora miró el hueco
que dejó tu raíz
en el suelo.

Y cada fibra rota
resucita sensible, dolorosa,
en las fibras desnudas de mis nervios.

JAIME TORRES BODET

México, D. F.

Hijo, Dios te bendiga

(VICENTA ELENA GABOARDI MENDIETA-DARÍO ZÚÑIGA PALLAIS)

Hijo, Dios te bendiga. ¿Has visto qué maduras y sabrosas las uvas de la viña materna? Las noches de los hijos, terriblemente oscuras fueran sin estas madres. ¡La claridad eterna

de los labios que rezan: Hijo, Dios te bendiga! ¿Cuál? ¿la tuya? ¿la mía? todas sin faltar una. El sabor de la miel, el oro de la espiga, los trombones del sol, la flauta de la luna,

las estrellas del cielo, las rosas de la tierra y las más escondidas parábolas del mar: Los inefables sellos de Soleimán encierra, en sus labios, la madre, cuando sabe rezar.

La madre siempre reza por los hijos. Ahora, en mal tiempo de chicas para cine mundial, has hallado una esposa dulce y encantadora, una rosa de Mayo rosada y matinal.

Compañera cristiana, como quien dice nada. Tu madre rezadora fue como diligente mercader y esta niña ni vista ni tocada, una perla preciosa. Qué silenciosamente

corre la fuentecilla. Es lega silenciosa la bendición materna, lega que no hace ruido, Sor a quien nadie mira, lejana y penumbrosa. Y sin embargo todo cuanto vemos florido

es sin duda por ella, es sin duda por ella. Por la buena palabra, hijo, Dios te bendiga, todas las otras buenas, pájaro, mar, estrella, ojos, luz, fuente, rama, ciervo, canción, espiga,

Etcétera, las madres todas sin faltar una, huelen a Jesucristo, por eso, con dichas manos hacen los pases de la buena fortuna y encienden las votivas lámparas olorosas,

para cuando s'hiciere redoblada la carga, y muriendo los hijos digan: ¡ya no resisto! en medio de esta noche terriblemente larga. Fijate bien, que todas huelen a Jesucristo.

...corre la fuentecilla. Es lega silenciosa la bendición materna, lega que no hace ruido, Sor a quien nadie mira, lejana y penumbrosa. Y sin embargo todo cuanto vemos florido...

A. H. PALLAIS,
Pbro.

León de Nicaragua.

Juana de Ibarbourou

habla de los libros del Dr. Luis Eduardo Nieto Caballero. En estos días, de paso por Costa Rica, el Dr. Nieto Caballero nos ha proporcionado la dicha de tratarlo.

Montevideo, febrero de 1926.

A Luis Eduardo Nieto Caballero

Bogotá.

Mi distinguido y muy estimado amigo:

Hace ya un gran puñado de días que quiero robarle al tiempo una hora para sentarme a conversar afectuosamente con usted. Pero los minutos libres con que puede contar una enfermera son bien pocos por cierto. Y yo, todos estos meses, no he sido otra cosa: una enfermera dolorosa, obligada a un esfuerzo más grande aún que el de cuidar a un enfermo querido; obligada a sonreír, a aparentar optimismo y serenidad, cuando hasta la esperanza se ha ensombreado dentro de uno. Ahora sí, gracias a Dios, la paz vuelve a mi casa, y ya mi compañero, en plena convalecencia, no me necesita tanto y puedo volver a mi *celda*, un pequeño cuarto donde escribo y trabajo, que toda esta dura temporada ha permanecido cerrado. He leído todos sus libros, amigo mío. A la simpatía fraterna se está trezando ya una admiración encendida. ¡Qué bien y con cuánta elegancia escribe Luis Eduardo Nieto Caballero! ¡Y qué cultura, qué profundidad de pensamiento, qué grandeza espiritual posee!

No, no proteste, mi buen amigo. Le estoy diciendo cosas reales y sinceras y no quiero hacer caso de su ademán acallador. Prosigo. Esa revisión de valores literarios de Colombia durante el año de 1924 me parece admirable de exactitud y elevado criterio. Yo conozco algunos de los libros y autores que

usted comenta y estoy de acuerdo en todo con usted. Tanto este volumen como *Colombia Joven* me servirán mucho. Yo tengo una cátedra de literatura libre y con preferencia comento autores contemporáneos, pues son ellos los que más necesitan de difusión. Sobre los grandes consagrados, ya eternos, se encuentran fácilmente ricas fuentes de información; los de ahora, americanos sobre todo, apenas se conocen. Y hay un filón de belleza tan rico en el continente! Yo he de hablar sobre Jorge Isaacs, José Asunción Silva y Guillermo Valencia este año. Es un homenaje que mi amistad quiere dedicar a usted y a su altísimo hermano el doctor Agustín. Quizás lo haga bajo el título, común, de *Tres colombianos ilustres* o si no *La novela y la poesía en Colombia*. Y más adelante, con la guía valiosa y fuerte de sus libros, tal vez me atreva a estudiar la generación que a usted tanto le debe.

Vea usted lo que somos las mujeres, amigo mío! Charlando con usted, me he trazado todo un programa. Repentismo puro! dirá usted. Pero lo peor es que me he desviado de lo que quería decirle con fuerza: que a toda mi admiración hacia el Nieto Caballero que ha realizado esa obra apostólica y grande del Gimnasio Moderno de Bogotá, se está uniendo la que merece este otro Nieto Caballero que tiene tan enorme talento también.

Envié a su esposa y a la señora de su hermano dos pequeños libros. Ahora va un paquete de cosas uruguayas para usted y dos de mis *lecturas* literarias impresas.

Le ruego que me hable de sus niños, de

su preciosa señora, del Gimnasio, de su hermano, de todo lo que ustedes hacen ahí de grande y hermoso,

Pronto le enviaré un retrato de mi hijo. Ahora estamos en una casa junto al mar y se está haciendo un pequeño marino. Como yo soy bastante chiquitina, ya él me alcanza en estatura. Muchos creen que somos hermanos y yo estoy encantada y maravillada con este hermoso hijo que pronto será hombre y que se porta conmigo como un enamorado.

Escribí al doctor Agustín, pero nada más he sabido de él directamente. Pienso que de veras tendrá tantas obligaciones y tareas que el tiempo no debe alcanzarle para escribir ni aun a sus más fervorosas amigas.

Mil cariñosos saludos para él y su familia, así como para usted y la suya. Me encantaría tener fotografías de los niños.

Le pido que no me olvide y que tenga en cuenta que los estimo profundamente.

Saludos también de mi marido y de mi hijo. Le estrecha afectuosamente las manos su amiga

JUANA DE IBARBOUROU

P. S. Acabo de prestarle todos sus libros y folletos al señor Miguel A. Marrupe, viejo amigo de vastísima cultura, que le escribirá sobre ellos. Yo los conservaré siempre celosamente. Cuántas páginas de ellos he leído en voz alta a mi enfermo, que tiene así también por usted una admiración profunda!

No quiero cerrar ésta (y ya se me iba escapando!) sin transmitirle la impresión que con mi marido tenemos sobre *El Dolor de Colombia*. Esta colección de artículos periodísticos nos parece todo un admirable tratado de la historia política de su país. Todos los problemas se tocan en ellos de un modo que asombra, pues la forma es agilísima,

la competencia y el conocimiento de las cosas indudable, y la actitud francamente americanista, de una simpatía extrema. Además, su patriotismo sin tasa enciende todo el libro en un fervor cálido por los intereses nacionales y hace que uno piense que a veces el autor se asemeja a un combatiente capaz de hacer frente, él solo, a una multitud. En la cámara, amigo mío, debería usted ser formidable. Así tenemos aquí un parlamentarista y periodista famoso, el primer orador del país: el doctor Emilio Frugoni. Le enviaré sus discursos, que creo le interesarán.

J. DE I.

(El Gráfico, Bogotá)

Ideario mexicano

(Extractos de RAFAEL HELIODORO VALLE).

Una cultura autóctona mexicana.

EN la conferencia que sustentó el licenciado don Daniel Cosío Villegas en el Aula Magna de la Universidad de la Habana a principios de este mes, diferenció la Revolución mexicana de las anteriores, y, especialmente, de la Revolución Francesa. «En Francia—dijo—la revolución fué preparada por la crítica. La revolución de las armas fué precedida por la revolución de las ideas; en México, por el contrario, la ideología es posterior a los hechos de armas». Se refirió enseguida al «panorama gris de la dictadura de Porfirio Díaz» y concluyó refiriéndose a la cultura mexicana, a una cultura generada por los doce millones de indios que pueblan el país. Una cultura que éstos quieren autóctona, propia, peculiar, diferenciada netamente de la cultura europea. «No por eso—añadió—despreciamos nosotros el acervo de la civilización extraña. Un automóvil no es creación nuestra, ni siquiera producto de nuestra industria; sin embargo, el automóvil es muy cómodo, muy agradable, muy práctico, y no tenemos por qué dejar de usarlo. Sin embargo, nadie podría afirmar que toda la civilización se concentra y resume en el vehículo automóvil». Es esta la versión que da el *Heraldo de Cuba* en su edición del 3 de julio.

Cada raza con sus ideales

Al ser interrogado José Vasconcelos por *El Imparcial* de San Juan de Puerto Rico, donde acaba de dar varias conferencias a invitación de aquella Universidad, acerca de la posible armonía entre la raza anglosajona y la hispanoamericana, dijo: «Precisamente, de eso he de tratar en mis conferencias: de la compenetración de estos inmensos canales de la cultura moderna. En ellas he de revelar las causas que mantienen las rivalidades, tanto por parte nuestra como por parte de los Estados Unidos. Señalaré los medios para lograr la inteligencia perfecta entre las dos razas, pues a pesar de que soy nacionalista de corazón, en el sentido de que cada raza debe desarrollarse a su propia idiosincracia, también creo que por encima de los motivos que impulsan

determinadas razas en su desarrollo y en sus ideales, está el ideal humano que nos une a todos en un cordial entendido como súbditos del mundo». Al hacer don José A. Balseiro comentarios a la conferencia respectiva, se expresó así en el mismo periódico: «Nos pareció la suya la ideología de un propagandista panamericano. Y ya hemos dicho en más de una ocasión, que el panamericanismo puede ser una verdad, y ojalá lo fuese si nos abarcara a todos con los mismos derechos y el mismo respeto; pero hasta ahora los portorriqueños, como los mexicanos, los colombianos, los dominicanos, los nicaragüenses y los haitianos han tenido en los Estados Unidos de Norteamérica—que son los inventores del panamericanismo—una terrible fuerza contraria y peligrosísima. Si el panamericanismo fuera cierto, ¿dónde mejor que en Puerto Rico hubieran podido ponerlo en práctica los Estados Unidos? Y aquí somos siempre los colonos de los Estados Unidos, no sus iguales, pese a la igualdad de ciudadanía». Y concluye el señor Balseiro: «Parécenos que para lograr armonía entre las dos razas principales de América, es menester que se conozcan bien. Y para ello, es necesario marcar todos los errores. Mostrando sólo un aspecto, como ha hecho el señor Vasconcelos, se agrava más el problema y se aleja más el día deseado de mutua comprensión y de respeto mutuo».

Las cenizas del Conquistador

En bien documentado artículo que publica en *El Informador de Guadalajara* del 4 de este mes, habla así el señor Presbítero don José T. Laris: «Un sarcasmo histórico parecerá quizás para algunos espíritus frívolos, el que España reclame, diplomáticamente, en el presente año los restos mortales del Conquistador D. Hernán Cortés, para glorificarlos, cuando en 1526, hace cuatrocientos años justamente, esta misma España sembró de amarguras y dolores la senda que aún tenía que recorrer el Conquistador de México. El 24 de junio de 1526, «día de San Juan, dice el historiador Don

Andrés Cavo, en su obra *Los Tres Siglos de México*, en el tomo primero, pág. 62, asistiendo (Cortés) a una corrida de toros, llegaron a la ciudad despachados del Licenciado Ponce de León, Lope de Samaniego y Gómez de Ortega, que le entregaron los pliegos del Emperador y una carta de aquel Lic. en que le daba parte de su comisión. La comisión que traía el mencionado Licenciado—agrega el Pbro. Lares—no era otra que la de residenciar a Cortés, por los grandes abusos, que según sus poderosos enemigos venía cometiendo, etc. etc.

Lectura para meditación

Current History de Nueva York, en su edición de este mes, trae lo siguiente: *The Church and State Conflict in Mexico*, dividido así: *The American Catholic View*, por C. E. McGuire; *The American Protestant View*, por James Cannon Jr.; *The Mexican Official View*, por el Embajador Manuel C. Téllez; *A Legal point of View*, por Charles A. Frueauff; *A Mexican Editor's View*, por José Miguel Bejarano; y *Religious Clauses of the Mexican Constitution*. Debe leerse el notable editorial *Public Morale* de la revista *Mexican Life* que se publicó en junio; *Petroleum in the History of Mexico*, aparecida en *Mexico*, otra revista que se edita en Nueva York por The Mexico Publishing Company (225 West 34th Street), jugosa monografía que suscribe el Licenciado don Victoriano Salado Alvarez; *El ganado argentino en México*, que viene en página editorial reciente del gran diario *La Nación* de Buenos Aires, y en el que se hace notar que urge corresponder con la exportación de productos argentinos a la cuantiosa importación de petróleo mexicano, porque las cifras de esos rubros en 1925 fueron, respectivamente, de 420,094 y 14,373,884 pesos oro. En la última edición de *Social* de La Habana aparece un comentario a la poesía de Jaime Torres Bodet, amparado por la firma respetable de E. Gómez de Baquero.

R. H. V.

México, 15 julio 1926.

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Cervecería TRAUBE

se refiere a una em-singular en Costa experiencia la colo-

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPE

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Las hermanas de Rebeca

Entre tanto fresco y garrido motivo aldeano, ninguno tan de égloga como el de la acequia, considerada especialmente como cisterna—ya que también es canal de riego y abrevadero,—y sobre todo a la hora de la tarde, cuando las mozas vienen por agua, y ella, como en versos de melodiosa fluidez, dice mejor su poesía simple y eterna.

Y nada, asimismo, más ligado a la antigüedad remotísima. Sabido es la importancia que en la mitología y la poesía griegas tiene la fuente: la ninfa no fué, sin duda, más que su personificación.

Igual cosa entre los árabes, y con mayor razón, ya que su origen como pueblo se vincula milagrosamente a un pozo: despedida por su amo Abraham, Agar y su hijo erraron varios días por el desierto, hasta que, devorado por la sed, el pequeño cayó en la arena; la madre, horrorizada, alejándose para no verlo morir, cuando un ángel, aparecido de pronto, le descubrió un manantial. Así fué salvado Ismael, padre de los árabes. La religión de Mahoma consagró aquél pozo, donde, con fervor litúrgico, los musulmanes van a apagar su sed el día octavo de la peregrinación. Pero en ninguna parte como en la Biblia la cisterna tiene tan hermoso papel; figura en los pasajes más frescos, y es casi siempre la testigo o intermediaria obligada de los más puros idilios del antiguo amor. Aconsejado por su madre, Jacob huye a Harán, donde viven sus parientes; tras largo peregrinar por los campos, un día avista un pozo, y junto a él tres rebaños con sus pastores; pregunta a éstos por Labán, su tío, y ellos le dan las noticias que pide, agregando: «Y he aquí Raquel su hija viene con el ganado». Y en efecto, una moza llega con sus ovejas; Jacob remueve la piedra del pozo y abreva el rebaño; después, gravemente, besa a su prima, la pastora «de lindo semblante y hermoso parecer». Moisés, forastero y prófugo, recibe por mujer a Séphora, hija de Jethro, sacerdote, en pago de haberla defendido a ella y sus hermanas de unos pastores empeñados en impedirles que dieran de beber a sus ovejas.

Y fué a la orilla de un pozo, el de Jacob, donde Jesús dijo a la aguadora de Samaria sus más profundas palabras: «Ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre: ya llegó el momento de adorarle en espíritu y en verdad». Y Renán cuenta que cuando él visitó Nazaret, se veía aún «la fuente alrededor de la cual concentrábase en otro tiempo la vida y la alegría de la pequeña villa». «Es indudable, agrega, que María fué allí casi todos los días, y con el cántaro al hombro, formó en la fila de sus ignoradas compatriotas».

Pero nada más fresco de poesía antiquísima que el capítulo XXIV del Génesis. ¿Recordáis? Abraham, queriendo elegir mujer para su hijo Isaac entre su parentela, envía con tal objeto a Harán a uno de sus criados; Harán está al otro extremo del desierto. El criado aparece diez camellos, y parte. ¡Qué viajes serían aquellos! Un día por fin llega a un pozo y allí hace arrodillar sus bestias. Es «la hora de la tarde, la hora en que salen las mozas por agua». Y el hombre eleva a su Dios la ingenua súplica. «Sea, pues, que la moza a quien yo dijere: Baja tu cántaro, te ruego, para que yo beba, y ella respondiere: Bebe, y también daré de beber a tus camellos: que sea ésta la que tú has destinado para tu siervo Isaac». Y el ruego es escuchado. He aquí que una aguadora viene con el cántaro al hombro. Y todo pasa conforme a las palabras del siervo. Al pedido de éste, ella responde: «Bebe». Y se apresura a bajar el cántaro a sus manos. Y agrega: «También para tus ca-

mellos sacaré agua»... El hombre calla, maravillado. Y la moza era «de muy hermoso aspecto, virgen, a la que varón no había conocido». (*Puella decora nimis, virgoque pulcherrima et incognita viro*). Y es sobrina de Isaac, hija de Bethuel, su primo. Hugo, que a fuer de omnipotente, éra, cuando así lo quería, delicioso entre los deliciosos, hizo por allí el alado elogio de estas cisternas de la Biblia. Dice: «Nosotros sólo borrachos concebimos el amor... El amor antiguo fué bebedor de agua». Dice:

La bible, en ses épithalames,
Béniť l'eau du puits large et rond,
L'homme ancien ne comprend les femmes
Qu'avec des cruches sur le front.

La citerne est l'entremetteuse
Du grave mariage hébreu.
Le diable l'emplit et la creuse;
Dieu dans cette eau met le ciel bleu.

* *

Pero volvamos a nuestra acequia aldeana.

El sol acababa de entrarse. Y en el progresivo apaciguamiento crepuscular, el ruido de la acequia se va haciendo cada vez más distinto y constituye al fin la *nota* predominante del paisaje. Esto mientras el cielo se fué volviendo más puro, y a su imagen y semejanza los cerros se han puesto preciosamente azules, y mientras las cigarras emborrachadas de sol como de un ardiente vino, prolongan aún, despidiéndole, el delirante himno coral.

Entretanto:

...Las lentas aguadoras han llegado a la acequia.
Y cada cual su cántaro bruno o bermejo llena,
Tapándole la boca con follaje, sin prisa.
La acequia está olorosa de menta y hierbabuena.
Y el pintoresco grupo dice, entre risa y risa,
Sus bromas y sus chismes... Fluye el tiempo sin prisa.

Vestidas de coco o percal de gayos colores, gárrulas y frescas, esas mozas parecen todas lindas; y bien que muchas no lo sean, hay siempre dos o tres que redimen el grupo. Es alguna pizpireta morocha de ojos oscuros y sonrisa blanca y roja, digna de todos los homenajes, con la cálida llenez de sus curvas y la gracia agorera de su andar. O alguna rubia de aire ingenuo, a la que el sol apenas si la ha tostado, aunque, en cambio, de tanto besárselas, le amanzanó las mejillas. O alguna otra de ojos hermosos y un poco salvajes como los del halcón, y de trenzas tan macizas que se dijera que le pesan como de oro, y tan largas que le acarician las ancas.

Y sobre la cabeza, donde han puesto un rodete de trapo o ramitas, alzan a manera de fresca corona de labor la tinaja que gluglutea. Y por la senda que tiene ondulaciones femeninas, las dulces siluetas de curvas precisas e imprecisas avanzan bellamente. Piernas y tobillos desnudos... Suave susurro de enaguas almidonadas... Con donosa habilidad la mayor parte de ellas, llevando hacia adelante las manos, hace girar el huso de la hilanza. Oyese, intermitente, el zumbo ligero. Como de gitanas, algunas manos tienen los dedos cargados de anillos. Y en las orejas zarcillos, grandes a veces como aquellos de oro, pesados de medio siclo, que Isaac mandó a Rebeca. La marcha es muy lenta; lo exige el peso del ánfora rústica, que releva los pechos como hermanitos menores...

El desfile, sencillo y solemne, se dijera un friso.

...Mansedumbre amorosa del ala del aplomo
La del largo crepúsculo. El agua de la acequia
Ahora canturrea más claro. Un cinamomo
Con su aroma antiquísimo y religioso obsequia.
Las lentas aguadoras retornan de la acequia.

(Plus Ultra, Buenos Aires).

LUIS L. FRANCO